ROSALBA

92-8
34

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2008

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

86-3 (46.851)

PUBLICACIONES DE "LA PRENSA"

ROSALBA

NOVELA CANARIA

POR

Benito Pérez Armas

Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias)
Año 1925

6604613394

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Reservados los derechos de propiedad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Imp. LA PRENSA.—Sta. Cruz de Tenerife

ROSALBA

I

El parral, cargado de uvas de moscatel, pronto en sazón de vendimia, corría a lo largo del testero, adoselando de verde y oro todo el frontis de la casa. Era ésta de un solo piso, rectangular, de paredes blancas, techumbre de teja vana, y encintada de azul en los ángulos, en las proximidades del alero y en el zócalo. Delante estaba el patio, espacioso, circundado de altos poyos, donde florecían geranios de diversos matices, claveles, rosales de la tierra, petunias, y se erguían los pimientos, ofreciendo sus frutos cónicos, verde o lacre, sobre el tapiz de la hierbabuena, la mejorana y el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tomillo. Zumbaban las abejas, en la mitad de una tarde de Agosto, tropical, soporosa, de languideces invencibles.

Señora Agueda estaba sentada en un taburete de brezo, ennegrecido por el tiempo, a la sombra de la adelfa que elevaba su copa vestida de flores rojas, hacia el Poniente, un poco distante del patio. Era aquél su sitio predilecto para pasar las últimas horas del día. Allí descansaba, contemplando sus tierras, viendo venir yuntas y peones de retorno de las labores, echando cuentas y vigilando para que su prima Teodora no olvidara los fogones donde se hacía la cena.

Su cara, de pergamino macerado y rugoso, parecía aquella tarde como sumida en una sombra. Un hondo pesar la atormentaba. "¡Vida perra, sin dicha cabal! —se decía—. ¡Tantas fatigas como he pasado, y cuando podía estar satisfecha y tranquila, se me mete por las puertas una maldición! ¡Ah, mísero mundo!..."

Tenía los ojos cerrados, como si hurtase la luz para ver mejor en el hondo recinto de sus recuerdos, mientras fruncía los labios en una ligera mueca, en un "bico" de enternecimiento...

"De mi difunto Juan—siguió pensan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

do—heredó la hombría de bien, la resistencia en el trabajo, la pachorra terca. De mí poco tiene, como no sea el afán comechoso, el querer subir la calzada por donde se va de lo poco a lo mucho... ¡Y es bueno, bueno, muy bueno!... ¡Sálvamelo, Virgen de Candelaria! ¡Santísimo Cristo de La Laguna, no permitas que esa mujer se haga con él!"

Y rompió en un llanto convulso, acongojante, tan lleno de ayes y suspiros, que su prima Teodora, abandonando la comida de los cerdos, vino asustada.

—¿Qué tienes, Agueda?... ¿Por qué lloras?...—le preguntó.

—Un sofoco—respondió, secándose las lágrimas—que me ha dado por el tanto calor. Tráeme un jarrito de agua fresca. Siento aquí, en el pecho, una cosa que no me deja respirar.

Teodora rengueó hacia la destiladera, diciéndose: "qué remorada está la pobrecita... Parece que tiene la cara opada. ¡Válgame Dios, qué susto me he llevado!"

En aquel instante, un milano, que volaba alto, se detuvo con las alas extendidas, apenas ondulantes, avizorando agudo, y descendió como un proyectil más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

allá del gallinero. Agueda se puso en pie y corrió, gritando:

—¡Se me lleva un pollo ese diablo! ¡Animal de los infiernos! ¡Teodora, Teodoráa!...

Las gallinas se dispersaron, cacareando lastimeras, y un ramillete de plumas se agitó en el aire, mientras el milano, perdida la presa, volaba recto hasta hacerse un punto y desaparecer en el profundo cielo.

Teodora, que venía con el vaso de agua y un pañuelo mojado en vinagre, dijo:

—¿Pero ya estás buena? ¿Dónde fuiste, mujer?

—Un milano que casi se lleva un pollo, pero lo espanté. ¡Los diantres se lo lleven!

Apuró el vaso de agua, y después de atarse el pañuelo, que chorreaba vinagre, rodeando la cabeza, le dijo a Teodora:

—Vete ya. No descuides la cena. Ya estoy más aliviada.

No había en el cielo ni una nube. Unicamente allá, en la silueta violácea de la isla de la Palma, posaban algunas guedejas que el sol inflamaba; en el mar, de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

azul prusia intenso, lucía una amplia senda fúlgida que llegaba hasta la línea del horizonte donde el sol iba a sumergirse y apagarse... Silencio cósmico... Desvanecimientos de colores... Bocanadas del tiempo Sur... Atormentador magnetismo que casi se respiraba...

Agueda volvió a las cavilaciones. Exhumaba recuerdos de su vida, que emergían y rutilaban en el negro crespón de los pesares, con precisiones de placa fotográfica. Se estaba viendo moza garrida, morena, que daba un empujón a cualquier zanganote atrevido y le hacía caer; que cargaba sola un costal de dos fanegas de trigo; que puesta a la azada hacía pareja a sus hermanos; que en las fiestas bailaba incansable de lucero a lucero. ¡Ah, si hubiese querido escoger!... Pero cayó al primer vuelo con su Juan, pobre como ella, de natural apacible, sumiso, a quien tuvo que enseñarle ¡incluso picardías de hombres...!

Al cruzar estos recuerdos, sus ojos parecieron llamear, y su pecho onduló en un suspiro lento, de fuelle cansado, que avivara cenizas de rescoldo.

Continuó así su soliloquio:

"Cuarenta y siete años de vida matri-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

monial, de luchas, de fatigas... Los dos primeros hijos muertos sin llegar a hombres... Cuando menos lo esperaba, como fruto "de risa", Julianillo, el que todavía vive en su compañía... Hace dos vendimias, Juan, ¡su Juan, que se fué al cielo!..."

Hizo otra mueca y palpitaron los labios en oración, mientras se secaba las lágrimas con el pañuelo de hierbas, para después sonarse estrepitosamente...

Vino Teodora, con la falda remangada, protestando del calor, y preguntó:

—¿Echaré ya las papas al caldero?

—Sí y quítale el aro al queso. Múdale el agua a los chochos. No te olvides del aceite y la mariposa en el vaso de la Virgen de Candelaria.

Después corvó la mano derecha; la puso en la frente para atenuar las reverberaciones del sol; miró hacia abajo, y dijo:

—Ya la gente salió del Cardonal. Aviva el fuego para que la cena no se retrase...

¡El Cardonal! Este nombre era el poema de su vida. A los pocos años de casada supo que aquellas tierras se rema-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

taban y concibió comprarlas, sin saber aún la cuantía del justiprecio. Juan se negó, pusilánime, pero ella no le dejó vivir, azuzándole noche y día con la contumacia que pusiera siempre en sus resoluciones. Cierta noche fué tan impertinente, que a poco más sufre una agresión: Juan se puso frenético, como enloquecido, por el aguijón de aquella avispa.

—¡O te callas ya—refunfuñó—o te rompo el alma de un garrotazo! ¡No, no y no, badajo!

Quedóse ella sorprendida de aquel enérgico arrebato, y él se marchó a dormir en el pajero, dejándola sola, por primera vez, en el lecho conyugal. Al acostarse. Agueda se decía, poniendo las manos en el regazo: "¡tú vendrás cuando quieras... aquí te espero!... ¿no compras el Cardonal?, pues yo me cierro de morros... ¡buena es la ratonera para que tú te zafes!" Y rió bajito, segura de vencer.

En efecto. De las ochenta onzas del hilo del remate, no tenía el matrimonio más que cincuenta, vendiendo la vaca "Lucera", y las otras necesitaban pedirlas a ganancia, "endrogándose". Agueda dispuso que se acudiese antes que a na-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

die al marqués, al amo, por si quería facilitárselas.

—¡Eso tú allá—repuso Juan—. ¡Yo no voy al amo con semejante pedimento!

—Bueno, hombre, no te acalores,—manifestó ella—yo le entraré al amo por la serventía de la marquesa. ¡Naguas, con naguas... y deja eso de mi cuenta!

Agueda se fué a casa de los amos, y llevó huevos, pollos, miel de las colmenas, un queso tiernecito, albo, para la señora marquesa. Zalamera, sutil, prodigando el sumerced, modosita, y como suplicante, expuso a la dama sus deseos en el mismo momento que sacaba de la cesta una hoja de nopal ensartada de camelias.

—¡Qué preciosidad!—exclamó la señora—. ¡Qué encanto! ¿Todas son de la finca? ¡Cuánto te agradezco este regalo!

—Las blancas sí, señora. Las coloradas y las llagadas me las dieron; pero ya tengo yo plantadas en la finca de todas las calidades...

La señora le ofreció entonces trasladar sus pretensiones al marqués, e influir para que fuesen atendidas, puesto que se trataba de personas formales y muy consideradas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A los pocos días el marqués llamó a Juan y le dijo:

—Te voy a dar las treinta onzas que tu mujer le pidió en préstamo a la señora para comprar esas tierras; pero conste que es a tí a quien las facilito, porque te conozco desde chico y sé que eres un hombre honrado.

—¡Muchas gracias, señor marqués! Puede su mercé tener la seguridad de que en cuanto pueda pagaré la droga, aunque tenga que quitarme el gofio de la boca.

—No es eso lo que quiero decirte— interrumpió el marqués—. Lo que tienes que evitar es que Agueda, a pretexto de reunir el dinero y de trabajar esas tierras, vaya sacando correas del cuero de mi hacienda. ¿Comprendes?...

—Sí, señor.—respondió Juan, muy colorado—. Puede su mercé estar tranquilo. Ella es agenciadora, pero honrada... ¡Yo respondo al caballero!...

El Cardonal era entonces un terreno inculto, poblado de tuneras, cardones, pitas y tabaibas, completamente virgen, que media veinte fanegadas de superficie, al rezar de las escrituras porque se hizo el remate. Ojos que no fueran peritos le

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

reputarían sin valor; pero no era así: tierras suaves, profundas; un barranco aledaño de donde fácilmente se recogía la corriente pluvial; orientación de naciente a poniente, que ayudaba la fertilidad; piedras sueltas y abundantes para construcción de las paredes... todo lo necesario para hacer una buena finca a condición de pertinaces esfuerzos.

Como del bronce sale la estatua, y de la cantera el edificio, por obra de la inspiración y la constancia, fué el Cardonal convirtiéndose en un jardín—según decía Agueda—de abundante producción. Había allí de todo: viñas que ya rendían hasta veinte pipas de vino; higueras, almendros, perales y otros árboles de fruto; parcelas para trigo, millo y papas; una fuentecilla, que apareció al cimentar una pared, y después de regar batatas, coles y otras verduras, daba sus sobrantes a la madre selva, que se erguía, trepadora y perfumada, con encanto del alma y los sentidos.

Juan y Agueda, prototipos de los campesinos tinerfeños, llevaron a aquella obra, durante veinte años, el músculo infatigable, la voluntad tenaz, el amor solícito de cuantos se entregan a la pasión

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de la tierra, que, según dijera Virgilio, envuelve, acaricia y subyuga como los brazos de una diosa. ¡Artistas, magos de la belleza; sabios buscadores de la verdad; místicos poseídos de ansias celestiales, ninguno ponéis en vuestros amores más entusiasmo, más emoción, que el que a la tierra indesflorada, virgen, lleva su esfuerzo y su alma para decirle: ¡madre común, madre insuperada, ya puedes transformarte en planta, en flor, en fruto...; obra ya, madre de todos, tus milagros de belleza y fecundidad!...

Se sumaron al Cardonal unos pastizales, y algunas tierras montuosas, y la hacienda del matrimonio quedó definitivamente constituída. De todo lo necesario recogían en abundancia, y por eso Agueda, muy ufanada, podía decir algunas veces a su Juan: "fuera de los amos somos los primeros: nadie cosecha tanto como nosotros: las muchachas miran a Julianillo como los pollos un montón de trigo."

Mientras vivió Juan dispuso ella de todo, y muerto más aún, porque Julián, como su padre, era de naturaleza pasiva, obediente, y ni los años de escuela, ni el conocimiento de la escritura y la gramá-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tica, impidieron que se plegara sumiso, complacido, a la voluntad de su madre, a quien siempre evitaba todo motivo de contrariedad.

Era guapote, de músculos bien trazados, reluciente dentadura y maneras reposadas. Laborioso sin precipitaciones; sensible, sin "machangadas"; formal, ingenuo, llano... "Un hombre cabal—como decían sus vecinos—, sin mácula ni repudio." Para Agueda era el cielo, la tierra y el mar, todos los motivos de amor y sobresalto: la Creación y "mi Julián", eran para ella frases de igual contenido.

Aquella tarde venían delante las cuatro vacas, gordas, lúcidas; detrás las "jairas", golosas, inquietas, ramoneando aquí y allá en las orillas del camino; luego Julián, en grupo con los trabajadores y las muchachas, todos de la parentela. Rezagada, sola, la yegua cana, con las narices aleteantes bajo el peso de los hinojos, las tederas y los pámpanos, que la cubrían desde la linda cabeza hasta las ancas poderosas.

Cuando estaban ya cerca, la "Florida" dió un sonoro, largo y lastimero mugido, con la cabeza en alto y los ojos tiernos, humanos, puestos en el alpende

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

desde donde su becerro le respondió con otro, de timbre más fino, más agudo, e igual sensación geórgica...

Todas las gallinas habían trepado a las crucetas del gallinero, y sólo el gallo, con su cresta y sus barbas que parecían coágulos de sangre, quedaba fuera, altivo, fanfarrón, seguro de llegar el último y coger el sitio más cómodo. ¡No tenía por qué precipitarse!

El crepúsculo ahogaba sus fulgores en el violeta verdoso de las aguas y los nardos nacientes de la luna...

Señora Agueda preguntó:

—¿Qué tal? ¿Cómo va eso?...

—Mañana terminaremos el deshoje—respondió Julián—. Da gusto ver las uvas, bien granadas, sanas, dentro de poco para llevarlas al lagar.

Luego añadió:

—Aquí le traemos un regalo—y alzó la mano de donde pendían tres conejos, de lomos grises y vientres blancos, desgarrados por las dentelladas de la "Centinela".

Una voz dijo:

—¡Buen salmorejo para mañana! Tendrán ustedes dos que comérselo solos,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

porque son pocos conejos pa tantos hombres como aquí estamos...

Hicieron entonces frases maliciosas los muchachos y hasta las mozas; hubo jocosidades picarescas, que así en los campos, como en las ciudades, la pimienta es condimento de los dioses y estímulo irreemplazable de los humanos apetitos. Se despidieron, y Julián se fué al acomodo de las reses, ayudado del gañán, mientras Agueda disponía la cena.

Llegaba de abajo un remusgillo acre, salitroso, que invitaba a batir ampliamente los pulmones, aspirando aquella refrigeradora y penetrante emanación marina, nuncio seguro de que el tiempo había cambiado. En el disperso caserío brillaban algunas lucecitas, como puntos de fuego taladrados en el espesor de las tinieblas. Un pollino rebuznó estentoreamente, y otro, más cercano, le contestó soñando acaso en la misma dulcinea.

Poco después Agueda y el hijo estaban sentados en sus taburetes, junto a la mesa, cuando Teodora trajo una gran fuente de loza blanca, rameada de azul, que humeaba exhalando un delicioso vaho por toda la habitación. Se sirvieron caldo de carne de cerdo, col y patatas,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

añadiéndole después sendas cucharadas de *gofio de trigo, rubio, perfumado*, que trascendía de los sentidos al alma, evocando los yantares de las épocas pastoriles... ¡Ah, la polenta, precursora del horno, asiento y origen del pan, que diera vida, fuerza, hervor a la sangre de los pueblos bárbaros trocados después en héroes y dominadores del mundo!... ¡El gofio de los guanches canarios, supervivencia milenaria que, como hilo de oro, corre todavía en la clepsidra del tiempo, anudando los siglos primitivos con estos de complejas y estragadoras innovaciones culinarias!... ¡El gofio, que en el albor de la leche tibia, recién ordeñada, pone el hechizo de los sentidos y el complemento de una alimentación insuperada!... ¡El gofio porque toda alma isleña añora, nostálgica, en las ausencias trasmarinas!... ¿Radicará en la unión del gofio y de la leche el origen del temperamento canario, noble, dulce, sosegado, sin arrebatos criminales ni violentas sacudidas revolucionarias?...

Después del caldo se sirvieron las partes sólidas que quedaban en la fuente: carne y papas, abiertas, esponjadas, verdaderas flores de la tierra, cuya nitidez

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

estaba aureolada del suave matiz del azafrán. Queso, frutas y sendos vasos de vino y agua, fueron el complemento de la cena, terminada la cual rezó Agueda una breve oración, sin invitar a su hijo a que la acompañase, como tenía por costumbre.

No habían hablado, y Julián, mientras daba fuego a su cachimba, reposadamente, ladeando la cara, tenía el aire resignado y la expresión pensativa de quien ventea un nuevo disgusto. Hacía ya tiempo que entre él y su madre existía un motivo de irreductible discrepancia, una honda pena que cavaba, día por día, y hora por hora, el abismo donde iban enterrándose las satisfacciones y alegrías de sus vidas, antes apacibles y compenetradas.

De pronto Agueda dijo:

—Ya está ahí la niña!... Ya llegaron Cándida y ella, para hacer la limpieza de la casa, porque la marquesa y el señorito Fernando vienen dentro de unos días. ¡Que no se haya quedado tiesa en el camino antes de venir por estos contornos! ¡Que el diablo la haga cenizas, es lo que le pido!

—¡Por Dios, madre—repuso Julián—,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

no hable así! ¡No tiente más al Cielo! ¡Por la memoria de padre se lo pido! ¡No tengo paciencia para oírle ciertas cosas, madre!...

—¿Qué hablas, desgraciado? ¡Mentarme la memoria de tu padre! ¡Pedirme en su nombre que no hable de esa!... ¡Válgame Cristo; yo soy la que ya no tengo paciencia!

Púsose en pie, y cogiendo a su hijo por un brazo, añadió:

—¡Ven acá; vámonos a la saleta!

Julián se dejó conducir sumiso, y después de un corto pasillo llegaron a la habitación más espaciosa de la casa, donde estaba la Virgen de Candelaria dentro de su nicho. La luz de aceite, encendida en el vaso, alumbraba apenas y sólo podían distinguirse vagamente los muebles, los cuadros colgados en las paredes, y un reloj redondo, que parecía un ojo de cíclope, en el testero opuesto a la puerta porque penetraron.

—¡Arrodíllate aquí conmigo, ante la Virgen!—dijo Agueda.

Julián obedeció y ambos quedaron de hinojos. Sin soltarle el brazo, arrebatada e imperativa, Agueda exclamó entonces:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Júrame ante la Virgen que no has de querer más a esa mujer! ¡Júramelo, júramelo, enseguida!

Julián, corvado como una hoz, metió la cachimba en el bolsillo y permaneció silencioso, con la cara empavorecida, tocando casi la tarima de la Virgen.

—¡Júralo, júralo, hijo mío, por tu salvación!—volvió a repetir Agueda.

—¡No, madre... pídame lo que quiera... máteme... pero yo no puedo jurar lo que no he de cumplir!

De un impulso súbito, su cuerpo elástico quedó de pie; rompió a llorar, y desapareció, haciendo estremecer los cristales del nicho de la Virgen.

Agueda cayó de bruces sobre la tarima, llorando también ruidosamente, mientras musitaba ruegos, votos y oraciones a su amantísima Virgen de Candelaria.

Teodora, metida en el agujero de la cocina, entre eructo y eructo, pensaba: "la mano que está del lado de allá, tras las nubes, mide bien, y si dá por aquí, quita por allí, para que nadie salga sobrancero. ¡Cochino mundo! ¡Infierno de vida!..."

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

II

El opulento chirimoyo se agitó como si una fuerte racha de aire le hubiese sacudido. Rosalba, puesta en la punta de los pies, en lo alto de la escalera, asida a un gajo con la mano izquierda, procuraba con la otra abatir el airón de donde pendía un abultado y hermoso fruto, en plena madurez. Repitió inútilmente la operación, llegando con sus dedos a tocar el anón; pero se le escurría, se le escapaba, osciłando reluciente. Al fin quebró el vástago y la chirimoya quedó en sus manos.

—Este, por ser el primero—dijo—es para mí. ¡Bien me lo he ganado! Los pajaritos siempre escogen lo mejor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Abrió el anón en dos mitades, y su hermosa boca se hundió, ávida, sedienta, en la dulce y perfumada pulpa.

—¡Exquisito!—exclamó—. ¡Mieles y aromas! Nada para mí como esta fruta... ¡frescura deliciosa y suavidad de besos!

El chico que mantenía la escalera para evitar que se deslizase, miraba atento, mudo, con la abierta boca humedecida, tentado de codicias que acaso no se contenían en el néctar del anón, sino que iban hasta la maravillosa flor humana, a quien enfundaban blanquísimas telas, que se interponían indiscreta y porfiadamente.

Después que se hubo comido el anón, bajó Rosalba, plegando siempre las importunas telas blancas, y se lavó manos y boca en las aguas de un regato que por allí cruzaba para llegar hasta las tierras de la costa, donde, en la forja del sol, se funde y troquela el oro de los dátiles y los plátanos. La mañana era apacible, luminosa, tibia, entre los árboles frutales. Canarios y capirotes cantaban revoloteando, gozosos de vivir; lagartos y lagartijas, solían reptar, asustadizos, en busca de sus escondites.

Ordenó Rosalba al muchacho que tre-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pase a la escalera para coger los mejores frutos; después pasaron al naranjal, luego a los perales, los aguacates, los duraznos y las higueras. Al llegar a una muy lozana, el chico dijo:

—Míralos, ¡qué rajaditos y maduros están!

—No,—manifestó ella—estos higos blancos son muy delicados. Como los señores no vienen sino mañana, los cogeremos muy tempranito. Déjalos ahora.

Con las dos cestas colmadas de frutos cruzaron el patio de los arrayanes, entresecos y añosos, para entrar en el jardín que da frente a la casa que lleva el nombre de "Quinta de la Asomada", propiedad entonces de la marquesa de Mira-Costa.

Rosalba despidió al chico, y comenzó a cortar rosas, combinando los colores, para hacer dos ramos. Buscó violetas, heliotropos, jazmines y otras flores, con las que hizo un haz, todo mezclado, que repartiría después, en búcaros y jarras. Luego se sentó en la escalinata central, a la sombra de una magnolia que embalsamaba el aire, y miró al Poniente donde se extendía el caserío en las tierras trigueñas del vallecillo. Sus ojos vagaron

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

como dos grandes, negras y gemelas mariposas, para posarse en un sitio, en una casita que se hallaba en el promedio de la ladera, y de la que un penacho de humo subía alto, lento, en la diafanidad de la atmósfera. Era la de Agueda, donde Teodora preparaba el almuerzo que había de llevarse al Cardonal.

No se trasparentaba en la faz de la joven ninguna inquietud, ni de gozo, ni de pena, como si la llama de la vida ardiera impasible, sosegada, únicamente para encender en transparencias nacarinas aquella piel de sedas y rosas, en la que la levedad de una sombra ponía a veces el antojo de un lunar. Era más bien alta que baja, de puras líneas señoriles, que en el perfil de la cara adquirían el prestigio de los dibujos que parecen logrados de un sólo trazo; tenía los cabellos graciosamente divididos a la mitad, negros, lustrosos, ondulados; la boca, de una talla finísima en granate, parecía hecha para el delirio de los besos; los ojos de azabache, llenos del esplendor de un alma apasionada; todo el cuerpo en una plenitud mórbida, fecunda...

A las caricias de la luz, y del cálido ambiente, parecía como enervada, como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sumergida en un baño consolador, sedante, que la retuviese. Estiró las piernas, y con los párpados entrecerrados se ofreció entera a los halagos de aquel sol atenuado por las ramas de la magnolia, que acaso comparase al brío considerado de un hombre culto que refrena los ímpetus de la bestialidad...

Así estuvo un buen rato, y como un diminuto insecto se le introdujera en el seno, abrió rápidamente la blusa para hundir la mano en el terciopelo de aquellas canastillas de rosas blancas que palpitaban, en el sobrecogimiento nervioso producido por el frío contacto del insecto. Lo aprisionó, y viéndole volador, lo dió al viento, exhalando un suspiro, mientras se desperezaba indolente, como una gatita interrumpida en la mitad de un sueño...

Después se fué a reanudar la faena de colgar cortinas, poner muebles, limpiar cuadros en la vieja casona de la Asomada. Había venido, el día anterior, en compañía de Cándida, para tener todo dispuesto cuando llegasen los señores a pasar la temporada veraniega.

El edificio era amplio, soleado, de excelentes vistas, pero de fábrica vulgar,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

apenas interesante por las viejas maderas de barbuzano, tea y til, de que estaban construídas puertas, ventanas y artesonados. La fachada principal se alzaba al Poniente, desde donde se dominaba una gran parte de la línea Norte de Tenerife, y lucía, entre las nubes, el Teide, a la sazón envuelto en una atmósfera reverberante que diríase poblada de millones y millones de pequeños organismos vibradores, relucientes.

Las habitaciones destinadas a la marquesa estaban ya arregladas, y entonces se ocupaba Rosalba, con el auxilio de Cándida, de cuanto concerniese a las del señorito Fernando, que aquel año, después de larga ausencia, venía también a descansar en la "Quinta de la Asomada". Puestos los cuadros, de viejas oleografías representando paisajes bíblicos, y marcos de preciosas maderas, procedieron al arreglo de la cama de columnas salomónicas, de cabecera tallada—que servía de marco a una virgen de La Silla—y cortinas de damasco amarillo profanadas por manchas de humedad.

Mesas y sillas de pata de águila, un canapé con dragones mal tallados, dos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pesadísimos roperos de barbuzano, un espejo de dorados un poco deslucidos por la pesadumbre de los años, y algunos muebles más, componían el ajuar del dormitorio, que abría sus dos ventanas de vidrieras pesadas, entorpecidas, sobre el naranjal, entonces esmaltado de frutos maduros que rutilaban en la espléndida luz de la mañana.

La pieza contigua, vasta, despejada, de techo artesonado sin delicadas labores, servía de escritorio al señorito Fernando. Había allí una gran papelera, de mesa plegable, con muchos anaqueles y compartimientos, donde lucían papeles amarillosos, cuadernos de apuntes, libretas, hojas disecadas y semillas; una porcelana antiquísima, representando un mandarín chino, de hidrópico abdomen, que ofrecía su ombligo como depósito de tinta; muebles del siglo XVI, con otros de tiempos muy posteriores; mapas borrosos; láminas y fotografías; libros de historia, de agricultura, de medicina, de oraciones, en un estante sin cristales, un poco derrengado, que Rosalba se prometía enderezar con el auxilio del jardinero; dos formidables panoplias y algunos enseres más, todos resentidos del tiempo y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

del abandono en que vivieran desde la muerte del marqués de Mira-Costa.

El escritorio daba al terrado, donde una "buganvil" roja se entrelazaba con un viejo rosal, y ambos se adueñaban totalmente de la empalizada que los sostenía, produciendo una agradable sombra. Era aquel sitio el de mejores vistas de la casona, y canarios y capirotes le daban la amenidad de sus conciertos.

En el reloj de cú-cú sonaron las doce, y Rosalba, que se iba a almorzar, se asomó a una ventana con expresión distraída, como ausente de sí misma, cantando unas folías, suspirantes, tristes, que el viento llevó hasta los confines del jardín. Miró arriba, a la casita de donde saliera el humo; después abajo, al Cardonal, pero sin la ansiedad febril conque otros años lo hiciera. ¿Qué le pasaba?... ¿Qué oscurecía su alma?... ¿Alguna nubecilla que disiparía el aleteo de una mirada?... ¿Algo impreciso, que no siendo todavía, se alzaba ya en su corazón?...

Julián había pasado la mañana ensimismado, contemplando a los braceros que quitaban hojas a las vides para que el sol calentara los racimos y diera al vino fortaleza y aroma. Estaba como su-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mergido en el fondo de un sueño, divagando, sin encontrar forma concreta de resolución, en los confusos vaivenes de su temperamento de pasivas adaptaciones. No hallaba modo de conciliar sus amores, su ilusión de la vida, Rosalba, con la felicidad de su madre, a quien quería con fanáticas devociones. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo llevar al convencimiento de Agueda que cuanto se decía de Rosalba y su familia era una malvada invención? ¿Tenía derecho a romper con todo, desobedeciendo a su madre, y casarse con Rosalba? ¿No era esto convertir sus vidas en un infierno, dado el carácter de Agueda?

A veces una idea le dejaba aterrado, sin vigor en el alma ni en el cuerpo. ¿Y si fuera verdad?... Pero la imagen de Rosalba, llena de juventud, radiante de belleza, insuperable, se llevaba aquella horrible visión, la desvanecía, permitiéndole urdir nuevamente la trama de sus ilusiones amorosas en el telar de la imaginación.

No quiso almorzar. Refrescó la boca con una taza de leche, que él mismo ordeñara, y algunos racimos de uvas cogi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dos al azar, mientras paseaba por entre las marjas de la vid, haciendo como que revisaba la labor hecha por los trabajadores.

Después dió algunas órdenes porque tenía que ausentarse. Pretextó que necesitaba hablar con el tonelero. La vendimia se adelantaba aquel año y era indispensable disponer todo convenientemente. Al marcharse, una voz de mujer, dijo:

—¿Vuelve a yantar?...

—No. Así que hable con el tonelero me iré a casa y allí lo haré con mi madre.

Tomó por el atajo, y a campo traviesa se fué en dirección a la casa del tonelero que estaba próxima a la "Quinta de la Asomada". Al divisar ésta, después de vencida la hoya, clavó en ella sus ojos, encendió un cigarrillo, y un soplo de vitalidad pareció animar todas sus facciones.

Entre los árboles de la huerta y del jardín, asentada en uno de los brazos del valle, señorial y sola, se destacaba la casa, con las ventanas abiertas, "donde acaso — iba Julián pensando — Rosalba lucía el hechizo de su cara. Allí se en-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

contraba ella como un pájaro en el nido.... por eso le complacía tanto que la señora viniese a pasar al valle las temporadas veraniegas... Al quedarse huérfana, como era hija de una vieja servidora, la marquesa la dejó en su compañía, instruyéndola y cuidándola con amores de madre... ¡Es un ángel de bondad, haciéndose, entendida en cuanto sean ocupaciones de mujer, lista, muy lista!...La marquesa no sabía vivir sin ella y para después de la muerte la había asegurado el porvenir con un cuantioso legado"...

Devanando estas ideas llegó a la casa del tonelero, donde entró y se detuvo pocos instantes, para después reemprender la marcha, repecho arriba, hasta penetrar en las cadenas de los frutales. Hizo allí un alto, contemplando las ventanas abiertas, y continuó la marcha, recatándose entre los árboles, para que no le viera el jardinero, ocupado más allá, junto al estanque, en barrer el paseo que conducía a la "Fuentecilla de las palomas".

Así que estuvo próximo a la fachada del Norte metió los dos dedos meñiques en la boca, formando ángulo, a usanza de los pastores, y silbó emitiendo primero

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dos breves sonidos, y luego uno extenso, modulado, requirente, sin separar los ojos anhelantes del hueco vacío de las ventanas. Como nadie apareciera, repitió, dando más intensidad a los sonidos.

Oyó entonces Rosalba, y un poco confundida se fué al espejo, puso en orden los cabellos y se asomó a la ventana.

—¡Buenas tardes, Rosalba! ¿Cómo te va?

—Así...

—Parece que te pasa algo.

—Cosas de la vida... desengaños...

Julián comprendió que habían llegado hasta Rosalba informes de la actitud en que su madre se había colocado; algo de lo mucho que devoraba su corazón de enamorado, y después de una pausa, con voz un poco velada, dijo:

—¡Nadie en este mundo se ve libre de penas; pero si yo pudiese no llegarían nunca hasta tí, por más que a mí me ahogaran!

—Tendremos que compartirlas. Dime: ¿por qué no viniste ayer?...

—*Supe tarde que habías llegado:* ya al anochecer, cuando subí del "Cardonal".

—¡Ah!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Hubo otra pausa, silencio de los labios, para comunicarse con los ojos en una mirada que Julián hubiera querido que durara toda la vida, pero que Rosalba cortó, expresando:

—Estás pálido; algo te pasa... ¿Qué tienes?...

—La mala noche. Me desvelé con la noticia de que ya estabas aquí... pensando en la dicha de verte todos los días.

—Te vas haciendo embustero, y yo te quería porque eras franco, distinto de la mayoría de los hombres. ¡Dime la verdad, siempre la verdad!

—Pálida, ojerosa estás tú también. La verdad es lo que te he dicho.

Volvieron a interrumpir el diálogo, y la mirada fué entonces algo así como un quejido que, sofocado en el pecho, se subiera a los ojos queriendo convertirse en lágrimas.

—A mí me gusta el agua clara, Julián. Yo no nací para hipocresías... no sé vivir de esa manera... Hoy me han dicho que tu madre se opone a nuestros amores, y quiero saber el motivo, que me digas la verdad, porque de lo contrario me voy ahora mismo, no hablaremos más como novios... ¡te lo aseguro!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Julián, estremecido, repuso:

—Habladurías... ¡Ya vino una mala avispa a clavarte el aguijón! Haces mal en escuchar a ciertas bocas. Yo te quiero...

—¡No, no me quieres!—interrumpió Rosalba—si no me dices la verdad, pronto, ahora mismo, porque tenerme así es peor! ¡Me vuelvo loca haciendo suposiciones! ¡Habla, habla!

Julián alivió el pecho, dando un suspiro, sin separar los ojos de su novia, alarmado porque le faltaban fuerzas en las piernas, temiendo caerse.

—¡Habla, te digo, porque me voy para no volver más! ¡Te lo ruego, te lo mando; habla Julián!

—Sí; es cierto que mi madre no quiere, pero el motivo es falso, y yo se lo probaré. Déjame a mí...

—Dí el motivo: me es indispensable conocerlo!

—No. Eso no te lo digo, pase lo que pase.

—¿Me encuentra poca cosa para tí porque soy huérfana y pobre? ¡Contesta!

—No. Muerta la señora, tú tendrás tanto o más que yo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Le han dicho algo respecto a mi conducta? ¿Me han calumniado?

—Tampoco. Mi madre te tiene en el concepto que mereces. ¡Sabe que eres un ángel!

—Entonces es que quiere casarte con alguna ricachona de por aquí, del valle... yo no sé de cosas de campo... ¿Me repudia porque la marquesa me crió como una señorita y crée que soy una mujer inútil, holgazana, gastadora?, ¡dímelo!

—Menos todavía. Conoce tus condiciones. Hasta hace poco hablaba de tí, poniéndote en los cuernos de la luna, como mujer de su casa, en costura y en cuanto se ofrezca.

—Pues, ¿y entonces? ¡Habla, por el amor de Dios, o me voy para no verte más en mi vida!

Estaba arrebatadísima, con los ojos en llama, más hermosa que nunca, luciendo todo el busto fuera de la ventana, que le ofrecía el marco del rosal enredadera, vestido de flores de delicadas entonaciones carmesí.

—El motivo, no es motivo—pudo al fin decir Julián, profundamente desconcertado—. Sería en todo caso una des-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

gracia... pero yo no te lo digo, aunque me muera. ¡Jamás, jamás!

—¡Pues, adiós, y quédate con el secreto!

Y se fué, conteniendo dos lágrimas, que apenas desaparecidas se convirtieron en raudal. Sin darse cuenta de lo que hacía se echó en la cama del señorito Fernando, cuya almohada humedecía con la espuma de su dolor.

Julián, desconcertado, ambuló mecánicamente hasta que estuvo fuera de la quinta, en el cerro del "Sotillo", donde se sentó, oculto tras un codeso, a llorar también, deseando que viniera la muerte, pensando que la vida ya había terminado para él...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

III

La "Quinta de la Asomada" dista poco de la carretera, pero el camino es en cuesta, pedregoso, y la marquesa hacía ya años que no lo recorría por sus pies, sino tendida en un palanquín conducido por cuatro hombres. Así descendió aquel día, yendo al lado su sobrino Fernando y detrás algunos servidores cargados de maletas. Bajaron despacio, deteniéndose con frecuencia, por orden de la señora, que gustaba contemplar aquellos paisajes, para ella muy queridos y llenos de recuerdos. Se incorporaba entonces la viejecita, alzando el cuello tembloroso, y miraba a uno u otro la-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

do con sus pupilas marchitas, diciendo a su sobrino frases de encomio, que éste contestaba con otras de exaltada admiración.

Rosalba salió al encuentro, y así que hubo llegado, jadeante por el apresuramiento y la áspera inclinación de la cuesta, besó la mano de la anciana, y dijo:

—¿Cómo está la señora? ¿Qué tal ha sido el viaje?

Después, volviéndose a Fernando:

—¿Y el señorito?

—Muy bien—contestó éste—. La tía Laura ha venido todo el camino animada, hablando, recordándome cosas que ya se habían perdido en mi memoria. Seguramente esta temporada le sentará admirablemente. ¿Verdad, tía?

—Así lo espero. Los meses transcurridos en la Quinta fueron siempre para mí los más agradables del año, y ahora, acompañada por ti, nada me ha de hacer falta, como no sea la gracia de Dios. ¿Y tú, Rosalba, cómo estás?

—Muy bien, señora. Todo está terminado en el arreglo de la casa: hemos trabajado sin descanso.

Reanudaron la marcha. Fernando iba

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

a la derecha del palanquín, y Rosalba a la izquierda, encargando a los hombres que afirmasen bien los pies porque entraban en lo peor de la cuesta, donde el piso está lleno de guijas y pequeños cantos rodados.

—También el señorito debe poner cuidado—dijo la muchacha—porque ya tendrá perdida la costumbre de andar por pedregales.

—Estos caminos y estas piedras me conocen, Rosalba, son mis camaradas de la niñez. Tú eres la que debes prevenirte, porque esos zapatitos tan diminutos, fácilmente se introducen en una grieta.

Y la miró con una mirada nueva, tan significativa y honda, que ella la sintió llegar, correr, como un flúido misterioso, erizando sus vírgenes carnaciones.

La marquesa quiso permanecer un poco en el terrado, sentada en un sillón, contemplando el vasto panorama, en aquel confortable ambiente de sol y oleadas de perfumes venidos de los rosales, las magnolias y los heliotropos.

Era la hora del te, y Rosalba lo trajo diligente, con abundantes pastas y galletas, en un elegante y traslúcido ser-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vicio de porcelana antigua orlado de oros y ambiguas florecillas.

—¡No!—dijo Fernando—yo no tomo te: quiero hoy café del cosechado aquí, en la Quinta; del que tomaba el tío: ¡aromático, fuerte, para beberlo como él lo hacía, sorbo a sorbo, con arrobamiento de refinado impenitente! Dame café, Rosalba.

—Tendrá el señorito que esperar un poco. No había previsto...

—Aguardaré cuanto sea menester. Hazlo sin apresuramiento, con calma. para que las esencias se difuyan. Despacito. ¿Sabes?...

Al pronunciar estas palabras la miraba atento, la envolvía, la acariciaba, pero sin agresividad sexual, como si quisiera ocultar el humo de lo que ya era incendio en el torrente de sus venas.

Rosalba se marchó, y Fernando se puso a pasear en el terrado, de punta a punta, refiriéndole a su tía la soledad que sintiera en Berlín cuando llegaban aquellos meses estivales, recordando las delicias de la "Quinta de la Asomada". Los paisajes, las excursiones, las cacerías, las meditaciones en la playa... ¡todo se le venía al corazón, oprimiéndole

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en una red de gratísimos recuerdos! ¡Aquella tranquilidad búdica, aquel sosiego paradisiaco, aquella divina pereza, lejos del mundo, apartado del infierno en que los hombres se queman en la ambición de los placeres y el oro!... Estaba fatigadísimo, extenuado de alma, persuadido de que se había muerto para siempre aquel afán nómada que le llevara de unos países a otros... total ¿para qué?... Una meta, y apenas obtenida, otra que se alza, y otra, en el camino sin límite de las infinitas ambiciones, de los delirios del alma, afanoso de llegar a un punto que no existe, que no es, porque se esconde más allá de los torbellinos de la vida... Su corazón era un montón de flores disecadas: ¡rosas que no dieron nunca perfumes verdaderos; orquídeas sin hálito de ensueños; gardenias mancilladas del vicio; cloróticos lirios de estufa, jamás estremecidos del sol de las pasiones!... Había decidido cambiar, buscando un sentido posible a la Vida: hacerla sencilla, apagada, vulgar, en el remanso de las islas, yéndose alguna vez, de tarde en tarde, a meterse en los torrentes de las grandes urbes para establecer contrastes, pa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ra apreciar y comprender mejor los encantos de esta existencia tras-marina, tras-europea, ultra deliciosa, en que las cosas son como son, o al menos pueden serlo, para un hombre venido del delirio de una civilización envilecida, materialista, torpemente grosera, que huye del espíritu y se rinde tiránicamente a los alaridos de la carne.

La marquesa de Mira-Costa le escuchaba con conmovida complacencia, mientras se decía: "es mejor mozo que el padre; más gentil, más desenvuelto; tiene los ojos de Constanza, su simpatía subyugante; ninguno de los dos podía comparársele en inteligencia... ¡Desventurados ellos, que no pudieron verlo así, ya hombre hecho, culto, refinado en la escuela de la Gran Vida, sin perder las santas ideas, ni extraviarse en el laberinto de los vicios!..."

Vino Rosalba con el café, y Fernando llenó la pequeña taza, mientras decía:

—¡Eres un encanto para todo, muchacha!: si apenas tardaste unos minutos... Y a juzgar por el aroma fuerte, *penetrante, está divino este café*... Pónme aquí dos terroncitos.

Dijo esto sin mirarla, con la cabeza

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

baja, fijo en el obscuro y denso líquido, que humeaba deliciosamente.

Rosalba obedeció, pero como estaba nerviosa fué a coger el terrón de azúcar con las pinzas y se le escapó varias veces, sin lograr apresarlo.

—¡Con los dedos!—exclamó él. Y añadió bajito:

—Así estará más dulce.

Por fin la chica cogió el terrón, y lo dejó sumergir cuidadosamente, para tomar después el otro. Así, inclinada, pudo ver Fernando, a todo su placer, las largas pestañas negras de Rosalba, sorprendiendo además, el tenue resplandor ambarino que vagaba por la piel de la garganta, por el breve descote, cruzado de venecillas de zafiro. "¡Es de una finura incomparable!", pensó, reportándose para exclamar:

—Maravilloso, tía Laura!

Después que hubo apurado la taza de café, preguntóle Rosalba:

—¿Desea el señorito una copa de coñac?

—Sí,—respondió Fernando — venga la copa. El tío siempre buscaba ese complemento. Son dos caldos viriles,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ardorosos, que se compenetran en una oleada de vida.

La marquesa estaba adormilada bajo la influencia de aquel medio de enervantes caricias, un poco vencida por las emociones y traqueteos del viaje, pero abrió los ojos y dijo a su sobrino:

—Yo no sé cómo encontrarás esos licores. Están ahí, en la cueva, desde hace muchos años, desde que tu tío los trajo.

—¡Mejor, tía, mejor! Esos líquidos ganan con el tiempo, que estiliza y purifica su paladar y sus aromas. Yo poco bebo, pero algunas veces mitigaba los fríos europeos con una copa de esos caldos latinos. Preferentemente Jerez, Oporto y Madera. ¡Deliciosas las botellas de malvasía que me mandaste a Berlín con Manolo Solórzano!

—No sabíamos qué recuerdo del país enviarte. La idea fué de Rosalba.

—Buena iniciativa tuviste al remitirme aquellas botellas; las agradecí mucho: la tía Laura me estaba diciendo que fué tuya la iniciativa.

La muchacha no respondió nada, y después de llenar la copa de coñac, quiso ponerla en la mesilla de junco, don-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de era difícil sostenerla. Fernando alargó entonces la mano, diciéndole:

—¡Se vuelca! Dámela acá.

Las dos manos estuvieron juntas un instante, en contacto, morosa la de Fernando, y la de ella estremecida, sin abandonar la copa que el señorito no acababa de coger, ni retirarla gazmoñamente.

Fernando apuró la copa de un solo trago, sin delectación sibarítica. Seguramente estaba muy lejos del campo de las papilas del gusto, allá por los abruptos desfiladeros en donde todo hombre cae, o por lo menos vacila, como sus bárbaros progenitores, mientras Rosalba, con los labios desteñidos, un poco secos, se fué a dar con la señora marquesa para envolverle los pies en la manta de viaje.

Fernando, sorprendido de sí mismo, pensó: "estoy hecho un colegial. ¡Tiene gracia!: un hombre cansado del mundo, lleno del polvo de todos los caminos; un médico ahito de carne, asqueado de lascivias, se estremece por un contacto pueril, ridículo... ¡peor aún: lo busca, lo solicita, taimadamente! ¡Fondo sin fondo de la naturaleza humana! ¡Villana

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

condición de bestia en permanente celo!"

Rosalba se llevó a la marquesa porque ya la tarde caía, con un poco de brisa, estremeciendo las hojas de los plátanos del Líbano, que eran esmeralda o plata, según el viento lo quisiera. Se tendió entonces Fernando en una otomana, dando vista al Poniente, donde el sol, como un mago loco, en el delirio de la luz, fundía colores irreales, repartiéndolos pródigamente entre las nubes, de imprecisas formas, y las olas del mar, "protéicas" e insaciables del más viejo de los espectáculos, siempre uno y siempre diverso, en sus eternas transfiguraciones. La silueta Norte de la isla estaba ya casi en sombras, y el Teide enigmático, vigilante, parecía reanimar su vejez en las últimas llamaradas del día... ¡Espectáculo maravilloso, en un maravillado espíritu de artista!...

Fernando, con el alma sutilizada, en un arrobamiento sobrehumano, quedóse como en éxtasis, sobrecogido, anulado, sin fuerza ya para admirar lo que admirado le tenía.

De pronto oyóse una voz:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Señorito: ahí está el fetor que quiere saludar a su mercé.

—Que pase—repuso, frotándose los ojos—. Puede pasar.

Se presentó un hombre fornido, de hirsutas barbas y recios bigotes, en el último tercio de la vida, con el sombrero en la mano, que al llegar dijo respetuosamente:

—Con su permiso, don Fernando.

—Adelante, Roque. ¿Cómo te va?

—No tan bien como al señorito. Pasando; tirando de la vida... ¿Y al caballero cómo le fué por esas tierras?...

—Bien, muy bien, Roque.

—Así debió ser cuando estuvo trasmarino cinco años. ¡Ya perdíamos la esperanza de volver a verlo!

Fernando formuló entonces una serie de preguntas acerca de los trabajos realizados en la extensa propiedad; del estado de los cultivos, de la caza que hubiese, y de otra serie de asuntos, todos relacionados con la administración de la finca, a los que el factor respondió prólijamente, dando toda clase de detalles. Al terminar, añadió Fernando:

—El día de mi cumpleaños llega

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pronto y lo celebraremos con un baile, al que asistan todos.

—Como guste al señorito. Ellos siempre recuerdan aquellas fiestas de mucha alegría y mucho vino con que su merce los obsequiaba.

—Bien, Roque, pues hasta mañana. Ven temprano para que me acompañes a dar una vuelta por la finca. ¡Adiós!

—¡Hasta mañana, don Fernando!

Tan pronto como desapareció el factor se fué Fernando a las habitaciones de su tía Laura para averiguar si le ocurría algo. Al oír sus pasos se presentó Rosalba, en la puerta de la alcoba, y le dijo que la señora, después de hacer una breve colación, se había metido en la cama y que deseaba despedirse del señorito. Así lo hizo Fernando, dándole un beso y recomendándole que durmiese bien para resarcirse del estropeo del viaje.

Después, dirigiéndose a Rosalba, preguntó:

—¿Tú duermes cerca de aquí, verdad?

—No te preocupes de nada, Fernando —dijo la marquesa—. Rosalba lo prevé todo... muchas veces no tengo que lla-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

maría... al menor ruido ya está aquí. Cena y duerme tranquilo, que yo estoy muy bien atendida.

—Bueno, tía, pues hasta mañana.

Al salir le manifestó Rosalba que la comida estaba dispuesta y que la servidumbre sólo esperaba sus órdenes.

"Según parece — iba pensando—no volveré a verla esta noche. ¿Si tendrá novio?..." Al llegar a su departamento hizo un breve examen, complacido de encontrarlo todo en orden, admirablemente limpio y bien dispuesto. "Nada en el mundo comparable a las manos de una mujer—se decía—cuando sólo piensa en su casa y está disciplinada en el ejemplo, desde que abre los ojos, como estas adorables paisanas. Decididamente o no me caso o elijo una de la tierra... ¡Ah, el matrimonio, árduo problema en estos tiempos de vorágines, de contaminaciones, en que las niñas suelen estar mustias, ajadas, antes de abrir del todo el misterio de sus corolas! ¡Estos últimos cinco años de correr por Europa, cuánto me han enseñado!..."

Buscó las maletas y vió sorprendido que no contenían nada: todo había sido colocado en los roperos, en la cómoda,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en el lavabo, en el tocador. ¡Qué encanto! Hacer y deshacer maletas constituía su martirio, la más enojosa preocupación en los viajes, la causa de que muchos se quedaron en proyecto.

Pasó al escritorio. Embriagador ambiente de rosas: las que guarnecían la ventana, que estaba abierta, y las de un precioso ramo puesto en la mesa de la papelera. Se acercó para coger el búcaro: ¡eran blancas, todas blancas, níveas, con perfumes de frutas maravillosas, tejidas y ordenadas por la mano de una diosa! ¡Deliciosísimo!

Fijó entonces la mirada en una fotografía que estaba colocada junto al ramo, en un pequeño atril de ébano con incrustaciones de plata. Súbitamente pareció subir a sus ojos una sombra doliente. "El retrato de la prima Nieves—se dijo—. ¿Quién lo habrá puesto aquí: la tía Laura o ella, Rosalba?..." Y recordó aquellos amores de años, de sutiles cadenas labradas por la familia, de intrincados laberintos a los que le condujeran las insinuaciones de la tía, las languideces de la prima, la proximidad... "¡y el asno, el asno, que llevo metido en el cuerpo!"... Esta última parte del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

soliloquio fué hablada, en alta voz, con el puño cerrado, batiéndolo en el aire. Luego pensó: ¿pretenderán desenterrar ese cadáver?... ¿Volverán otra vez?... ¿Será posible que la tía Laura insista?... ¿No han bastado los cinco años de expatriación?... ¿Cómo he de hacerles comprender?...

Cogió la fotografía y la puso detrás del ramo, dejando así oculta la sombra de la prima con las níveas flores de Rosalba.

Después comió silencioso. Tomaba los postres cuando vino Rosalba a preguntarle si estaba complacido, si quería algo, antes de que ella se recogiese. La señora marquesa ya había conciliado el sueño.

—¡Satisfechísimo! — expresó—. Dime, Rosalba: ¿quién hizo este bienmesabe?; ¿fuiste tú? ¡Está excelente, imponderable!

—Sí, señorito. Sabía que era muy de su agrado y se me ocurrió hacerlo. Mañana le servirán unas capuchinas, que también recuerdo que le gustaban mucho.

—¡Encantado! ¡Eres una alhaja! Hazme siempre alguno de esos platos de la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

antigua repostería. De los que hacían mi madre y la tía Laura, tus maestras... No lo olvidas ¿verdad?...

—Cuanto yo sepa hacer lo tendrá usted. Mi deseo es que note lo menos posible las deficiencias. La cocinera vale poco, pero la señora tiene apalabrada una que dicen es muy entendida.

—No os preocupéis. Yo tengo buen apetito. Lo que principalmente deseo es cambiar, olvidar los potingues de los hoteles. Dadme platos caseros, esas cosas tan sabrosas, que recordaba envidioso en mis años de destierro.

—¿Destierro, señorito Fernando?

—¡Evidente! ¿Te enteras ahora? ¿No lo has comprendido?...

—¡Destierros así envidiarían muchos!

—Quizá; pero yo envidio otras cosas...

Luego, mirándola atento, con voz familiar, acariciadora, añadió:

—Estás hecha una real moza... Has cambiado mucho: si no creyeras que es un piropo te diría que estás guapísima... ¿Tienes novio?...

Rosalba se puso como una cereza; sacudió un poco la punta del mantel, muy confundida y repuso:

—El señorito Fernando viene con la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

costumbre de decir cosas galantes. Por el extranjero abundan las mujeres hermosas... Con su permiso me retiro...

—Pero antes dime, contéstame, si tienes o no novio... Después de todo yo he de saberlo...

—Que pase bien la noche... Hasta mañana, señorito...

E inclinándose levemente, con dulce ademán y una vaga sonrisa, se despidió para irse andando con ritmo de paloma, que apenas tocara el pavimento...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

IV

Transcurrió la primera semana. Fue para Fernando amena, de variadas emociones, ya evocando recuerdos, ya deleitándose en la contemplación de la Naturaleza. Ocupaba las mañanas en recorrer la finca, acompañado de Roque, proyectando reformas, haciéndose cargo de otras ya realizadas; cazando codornices o conejos; yéndose a las playas a monologar recibiendo a pleno pulmón las emanaciones del Atlántico; paseando a caballo por los viejos caminos que tantas cosas le decían de sus años de la infancia; leyendo algún libro de literatura a la sombra de los árboles o en la cueva

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de los guanches. Las tardes transcurrían en el terrado, junto a la marquesa, cumplimentando visitas de deudos y amigos, platicando de cosas del país, refiriendo anécdotas e impresiones de sus viajes y andanzas por países extranjeros.

Con frecuencia venían enfermos de los contornos, personas afectas a la casa, para que les recetase, y lo hacía amablemente, con solicitud, de modo muy especial cuando eran pobres, de los que atendidos por él no originaban merma en los ingresos de su amigo don Gaspar de Molina, viejo médico que ejercía en la comarca y a quien desde niño profesaba sincerísimo afecto.

Cierto día tuvo que operar a una niñita de dolientes ojos expresivos, rubia, consumida de las fiebres y tribulaciones que le producía un absceso cerca de la ingle. La madre, infeliz mujer de un linfatismo morboso, no tenía valor para sostener a la niña mientras se realizara la intervención quirúrgica; Cándida, y la restante servidumbre, decían que el espectáculo de la sangre les producía vahidos. Se desmayarían.

—¿Y tú, Rosalba, tendrías valor?—preguntó Fernando.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Quedó vacilante, sin saber qué decir, pero Fernando la decidió, añadiendo:

—¡Ayúdame! ¡Vamos!, no es posible dejar así a esta criatura que debe estar sufriendo horriblemente. Es una obra de caridad.

Llevaron a la niña al escritorio. Fernando dispuso todo lo necesario, atento a las imposiciones de la asepsia y después ordenó a Rosalba:

—¡Desnúdala; quítale la ropita!

Obedeció, cuidadosa de no lastimar al angelito que lloraba exhalando amargos quejidos. Entonces Fernando lavó y desinfectó la región del absceso, para aplicar después una inyección anestésica.

—¡Abrele más las piernas!—dijo Fernando—. ¡Sujétala ahora bien para que no se mueva! ¡Con fuerza!

Dió la cuchillada velozmente; brotó el pus; oprimió los dos senos, drenándolos; limpió y lavó con algodones, sin inmutarse, serenamente, para decir cuando ponía el vendaje:

—¡Ya está! Hemos terminado.

Rosalba no tenía sangre: era de mármol y derramaba lágrimas como una Do-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lorosa, mordiéndose el labio inferior con el alasbastro de sus dientes.

—¡No seas tonta, mujer!—dijo Fernando—. ¡Mira para acá, mírame a mí, distráete! Has hecho una buena obra, debes estar satisfecha.

Pero los nervios de la muchacha, largamente contenidos, estallaron en irrefrenables sollozos, que dieron al agitado pecho el consuelo de una válvula.

—Vístela; ya puedes vestirla—dijo Fernando, mientras se lavaba.

Rosalba procedió rápida, consolando a la niña con frases maternales, halagándola tiernamente. Al terminar la dió un prolongado beso en los ojos, y Fernando hizo lo mismo, allí, en el propio lugar donde aún había algo del hechizo de los labios de ella y quizá la emanación punzante de sus lágrimas...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

V

No fueron para Rosalba igualmente plácidos los días de aquella transcurrida semana. Le atormentaban incertidumbres, sobresaltos, robándola el sueño, llevándole energías, sumiéndola en constantes divagaciones. ¿Por qué la repudiaba la madre de Julián?... ¿Qué sentimiento era aquel que le inspiraba el señorito?... ¿Qué resolución debía tomar?...

Alarmadísima se iba dando cuenta de que si le acuciaba la actitud de Agueda era por el misterio que envolvía la oposición a sus amores con el hijo, por la curiosidad de conocer el fondo del enig-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ma, pero por nada más. Julián se le borraba, se le perdía, en los nimbos de aquel otro resplandor celestial que salía del fondo de su alma, que la dominaba como una fuerza irresistible que naciera en el origen de su sér. ¿Sería aquello el amor? Ella no lo había sentido jamás así. Por Julián tuvo un afecto, una inclinación, esas preferencias naturales que inspira un hombre honrado, los vínculos que surgen entre personas que, no siéndose antipáticas, se tratan diariamente y piensan en el porvenir, pero nada más. ¡Qué comparación!... ¡Qué diferencia!... Este de ahora era ¡ser de él, vivir para él, no pensar sino en él, porque una corriente honda, confusa, ardorosa, iba de las venas al corazón, subía hasta la cabeza, la dominaba toda esclavizándola!

Sólo una resolución inquebrantable había formulado: ¡De él o de nadie! Buscaría medios de volver a entrevistarse con Julián para cortar definitivamente, para aventar hasta el último vestigio de aquellos devaneos.

Una noche se despertó, interrumpiendo lo mejor de un sueño. ¡Estaba loca, rematadamente loca! Bajó del lecho y se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

puso a rezar ante la imagen de la Purísima, haciendo protestas de enmienda, clamando auxilios del Santísimo. ¡Aquello era una desgracia, una inmensa desgracia! Sin embargo, estaba segura de que él era un caballero y no se propasaría a vías de hecho; mas, si llegara el caso, ella sabría colocarse en su puesto con la resolución de una mujer honrada que antes pierde la vida que manchar su pureza... Por ese lado estaba tranquila, segura, fuesen los que fuesen los instintos de su mísera carne; pero, por lo que respecta al alma, ¡toda, toda, toda, era de su amor, de su único amor!... Los sollozos y suspiros se hicieron entonces tan intensos, que tuvo que levantarse otra vez, abrir la ventana, y dejarlos correr entre el rumor de los árboles, estremecidos por el viento del amanecer, dibujados apenas en la luz crepuscular. De que no quería a la señorita Nieves estaba bien segura. ¿Quién sería la elegida?... Acaso una extranjera, noble, rica, de extraordinaria belleza... ¡Cualquiera menos ella, pobre, vulgar, infeliz servidora!... ¿Por qué abriría Dios abismos tan profundos para que dos seres no pudiesen juntarse,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

unirse, aunque el corazón lo quisiera?

Cesaron los suspiros y sollozos; se quedó como hipnotizada con lo ojos puestos en un tucero, y pensó: "está enamorado de mí, no tengo duda, tanto como yo de él: no puede evitarlo: se le sale por los ojos: me hace ahora el único objeto de su vida... estoy temiendo que lo noten... ¡Madre mía, me voy a volver loca viendo mi felicidad y mi desgracia juntas, rodando, confundidas, sin que me sea posible separarlas!..."

Aquella mañana, Fernando le preguntó:

—¿Quién puso el retrato de mi prima Nieves en el escritorio? ¿Fuiste tú o la tía Laura?...

—Estaba allí desde que el señorito se marchó y no me atreví a cambiarlo de sitio.

—Pues ya lo he quitado. Deseo borrar todas aquellas ideas de la familia. ¿Oíste alguna vez hablar de esos amores a tía Laura?...

—Nunca—contestó Rosalba—; pero sé que lamenta las tristezas de la señorita Nieves.

—Yo también, mas tú conoces cómo es el amor, ese arquero antojadizo que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

apunta a la carne y da en el alma. ¿Verdad que es así?

Rosalba permaneció en silencio.

—¿Te callas? ¿No merezco una respuesta?

—Yo no sé nada de amores.

—¿No, eh?... ¿Y Julián?... ¿Qué pensará Julián?...

Rosalba, hablando con los ojos y la boca, rápidamente:

—¡Aquello no fué amor y ya se disipó como humo! Se vive mejor así, tranquila.

—¡Hipócrita! ¡Embustera! ¡Las mujeres como tú nacen para el amor: van a él irremisiblemente, y se quedan deslumbradas! ¡Resígnate, que así tendrás que morir!...

Rosalba, como sugestionada, le miró con los ojos inmóviles, cuajados, y Fernando, estremecido por el disparo magnético, añadió:

—Tenemos que quemarnos juntos: ¡es ley del Destino!

Entonces ella, olvidada de todo, obedeciendo inconscientemente a su pasión, repuso:

—¡Quemarse así debe ser vivir!; ¡pero se necesita mucho fuego!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Del mío estoy bien seguro! ¿Y tú del tuyo?...

Volvió a lanzar sobre Fernando aquella mirada de poseída, de obsesa, con tales síntomas de la borrasca que llevaba en el corazón, que él ni pudo, ni necesitó obtener respuesta a su pregunta. ¡Las palabras, como el humo, son únicamente exudaciones, testimonios imprecisos cuando los espíritus están en llama!

Poco después se decía Fernando, paseando en el jardín: "Esto va con excesiva celeridad: subimos los dos, avanzamos como gotas de agua en la tromba marina. Yo la veo luchar, yo quiero resistir, pero todo inútil, completamente inútil... ¿Qué es esta fuerza inexorable y ciega?... ¿La afinidad electiva de los seres en la obra de la selección y de la perpetuidad de la especie? ¿Fundente de las almas para completarse en la comprensión de la Divinidad? Poco importa, no lo necesito averiguar: ¡es la Vida omnipotente, eterna, triunfadora!

Persuadido de la ineficacia de todo esfuerzo de la voluntad, abandonado a la molicie de esta idea, comenzó a delinear los contornos del porvenir. Tomarla co-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mo amante, tras algunas resistencias, no; ni era digno de ella, virtuosa, creyente, hechura moral de la tía Laura, ni satisfacía a su apasionado corazón que anhelaba las plenitudes corpóreas y anímicas que constituyen el verdadero amor. La quería feliz, dichosa, sin sombras que la conturbasen, libre de remordimientos, ¡pura de todo!, según era y la Providencia la había puesto en su camino. Casarse, hacerla su esposa, no había otra solución; pero, ¡qué de obstáculos para lograrlo rápidamente, según eran sus deseos!... La tía Laura, el primero, el más importante, porque aunque quisiera mucho a la chica y la mirara como cosa propia, no consentiría jamás en tal matrimonio, dadas sus preocupaciones sociales; el vacío de la parentela pretenciosa e incomprensiva; la carcajada de los amigos con ese remate a su pasada existencia, un poco donjuanesca, altiva, en busca de un alto interés como objeto de la vida...

De todo esto lo que verdaderamente le entristecía era la tía Laura, cruzar *aquel desfiladero* inexpugnable. Retrocedía aterrado ante la idea de causarla un pesar de muerte, cuando ya los años y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

la arterioesclerosis la tenían a las puertas de la tumba. ¡Imposible! La quería entrañablemente; era su segunda madre; para la buena señora él constituía el único objeto de su vida; la cuantiosa fortuna pasaría íntegra a sus manos... ¡Imposible!... Al cabo de muchas vueltas consideró que la única solución era ocultarle cuidadosamente sus amores y esperar a que Dios dispusiera de ella, pero ¿cómo refrenarse? ¿Cómo resistir, cómo no avanzar, estando ya a horcajadas en el Pegaso de la pasión?

Siguió andando, jardín abajo, hasta el platanal, en el que penetró buscando algún alivio a la ofuscadora luminosidad del sol, despiadado, sahárico, de aquel mediodía deslumbrador, sin aire, que emborrachaba hasta los lagartos, tendidos, inmóviles, sobre las paredes de las cercas. Al pasar por un eucalipto cogió dos hojas y se las puso en la frente, sujetándolas con el sombrero, para refrescar las sienes que le latían con atolondradora celeridad. Después buscó la consolante humedad de las tierras recién regadas, saltando de poza a poza, admirando la frondosidad de las plataneras que a veces restallaban, henchidas de savia, a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

veces se inclinaban rendidas bajo el peso abrumador de los racimos. En la segunda cadena tropezó con un peón, que armado de cuchillo, cortaba algunas hojas de una hermosa planta de fuste robustísimo, verdinegro, reluciente, para facilitar el alumbramiento de una formidable piña, que apenas sacaba todavía del tierno cogollo su cónica y morada flor cubierta de gotas de rocío. Cuando hubo llegado, el bracero le dijo:

—¡Buenos días, don Fernando! ¿Cómo está su mercé?

—Bien, gracias.

Pero al fijarse en la cara del trabajador, añadió:

—¡Caramba, "Bicácaro", no te conocí! ¿Qué tal te va, hombre? ¿Por qué no has ido a verme? ¿Dónde estuviste metido todos estos días?

—Tuve reparo de presentarme, don Fernando; pero tenía muchísimos deseos de verlo y de saber cómo le fué pá esas tierras de afuera.

—¡No te lo perdono! ¡Bien sabes que te tengo gran aprecio y no olvido jamás nuestras intimidades de la infancia. Ya había preguntado por tí al señor Roque.

—Pues aquí me tiene para lo que gus-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

te mandar, siempre que yo pueda servirle.

Era terriblemente bizco, un poco cargado de espaldas, de musculatura de bronce, gran cazador, gran remero, consumado desbravador de pollinos, mulos, caballos y valentones, a quienes solía derribar de una sola trompada. Fué el compañero de Fernando en la infancia, durante las temporadas veraniegas, su entrenador en el remo, la caza, la lucha y demás deportes campestres.

—¿Ya te casaste, "Bicácaro"?—le preguntó Fernando, después de haber recordado muchos sucesos y escenas de la vida pasada.

—No, señor.

—¿Pues entonces, cómo hablas de tus hijos?

—Me arrimé con Teodora. Fuí a casarme; pero como ella me toca algo y yo estuve dos años trasmarino en Cuba, me pedían mucho dinero por los papeles y cansado de dar viajes a La Laguna nos juntamos. ¡Cosas de probes, don Fernando, que ni los curas se ponen en razón!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Tanto valían esos papeles, hombre?

—Su mercé calcule que con lo que nos pedían arreglamos el colgadizo, que estaba malamente, y compramos una machorra de las del mejor castío.

—¿No te he dicho yo que cuando necesites algo para un apuro, me lo pidas?

—Sí, señor; pero como su mercé estaba pa allá y además no era de mucho apuro, porque con bendiciones o sin bendiciones, Dios se jará cargo de lo que son hombres y mujeres cuanto empieza a arder la yesca, pues le dije a Teodora: ¡vámonos pa casa, y en teniendo riales arreglaremos ese negocio!

—¡Eres formidable; siempre el mismo!

—Don Fernando: burro cargado busca camino; y yo, no robando nada, y teniendo gofio, soy siempre el mesmo "Bicácaro", que el pueblo conoce.

—¿Y Rosilla? ¿Qué es de Rosilla?

—Se casó, don Fernando, con el sobrino de la "Media almendra".

—¿Qué me dices?

—Lo que oye, y eso que, como su mercé sabe mejor que nadie, estaba más bicácara que yo...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Siempre tuviste mala lengua. ¡Cállate, "Bicácaro"!

—Como guste; pero donde dije bicácara debí decir tuerta..., si su mercé me lo consiente...

Y rieron, porque aquel desvergonzado confidente de años remotos, ejercía sobre Fernando una cierta sugestión, que le hacía remontarse, olvidando las diferencias jerárquicas, a los mejores años de su vida.

Al despedirse, Fernando le dijo:

—Hablaré con don Plácido para que arregle todo y te cases, porque si mi tía se entera que estás viviendo así, irregularmente, no le gustará.

—¡Bien lo comprendo!, pero la señora ni el cura saben lo que es la sarna cuando uno empieza a rascarse, y tanto fué el picor, que ni Teodora, ni yo, pudimos aguantarnos más.

—¿Y se arrimaron para rascarse juntos, no es eso?—dijo Fernando, sonriendo.

—Talmente, don Fernando. Los ricos siempre tienen quién los rasque, y además, con sus cuartos no tienen empedimentos, porque si no también se arrimarían...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Bueno, pues adiós..., arrimado!

—Con Dios, don Fernando, y si le vuelve el sarpuyo, ya sabe que Rosilla manca un poco, poniendo aquel ungüento que su mercé conoce...

Con el ánimo alegre, regresó Fernando a su casa, persuadido de que la felicidad es la mayor paradoja de la Vida. Está en todas partes, si se la sabe buscar, pero a condición de que nuestra alma tenga aptitud y sensibilidad para apoderarse de ella. Es mucho más que el dinero; que las vanidades sociales; que las fátuas apariencias porque los hombres se devoran: nace en uno mismo, y nunca se muestra tan esquiva para los espíritus sencillos, sinceros, nobles, que se elevan a las grandes causas, que no puedan encontrarla y poseerla. "El "Bicácaro"—se decía—me ha hecho hoy más bien que un pesado tomo de filosofía, porque me ha enseñado algo de la Vida, de lo natural y espontáneo, que es el primer secreto de los goces, y además porque excitándome la imaginación me he rememorado a los tiempos felices, he evocado cosas que parecían muertas... ¡Ah, la imaginación, hada maravillosa, estupendamente pródiga, que nos permi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

te, si estamos en una charca, transportarnos a la contemplación de los oceanos; si confinados en una mazmorra, considerarnos recorriendo toda la extensión del Planeta; si en un estercolero, disfrutando los perfumes del Paraíso terrenal... ¡Me he fortalecido, me he renovado, con ese vuelo a lo pretérito, porque la proyección de nuestros estados de alma, la visión interior, es en definitiva lo que nos hace apreciar las cosas circundantes en una u otra forma, con este o aquel matiz!... Veo ahora claro que siendo joven todavía, fuerte, rico, y teniendo un amor bien correspondido, debo ser feliz, lo soy, por más que el obstáculo de la tía Laura me haga esperar, retrasando el sueño de mis sueños. Para resolver su problema se "arrimó" el "Bicácaro", y yo necesito reprimirme, echar todos los frenos, que para algo deben servir la educación, la disciplina de las facultades, el distinto nivel de las conciencias..."

Horas más tarde, después de otra entrevista con Rosalba, su pensamiento tuvo una nueva faz reflexionando que la marquesa ya duraría poco, que acaso en aquella misma temporada estival ha-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

llara su eterno descanso. Se le vió contraer el ceño, entenebrecérsele los ojos, desarraigando una idea que estimara nefasta, porque exclamó muy exaltado:

—¡No; que viva, que viva, la buena señora, mi adorada tía, por más que yo me derrita en el fuego de este volcán! ¡Bestial inclinación, abominable fuerza subyacente la de los apetitos carnales cuando no la suaviza el sentimiento y la reprime la razón!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

VI

Julián había acudido a cuantos recursos estaban a su alcance para entrevistarse nuevamente con Rosalba: cartas, rondas persistentes por las inmediaciones de la Quinta, recados urgentes, todo inútil. Desesperado ya se fué al jardinero y le dijo:

—Hágame el favor de avisarle, ahora mismo, a Rosalba, que la espero aquí, en la "Fuentecilla de las palomas", porque necesito hablarla sin pérdida de tiempo, de una cosa muy importante.

El jardinero no regresó con la respuesta, pero vino Cándida a decirle que Rosalba estaba enferma, en cama, que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

otro día, así que pudiera, le avisaría para que a la misma hora acudiese a la fuentecilla, donde ella le esperaría.

Se fué, un poco más tranquilo, pensando que ella también sufría, quizá tanto como él, a causa de la actitud de su madre, que no cejaba, con su insistencia habitual, pintándole horrores, espiándole noche y día hasta desesperarle muchas veces. Agueda se había propuesto, jurándoselo por todos los santos de su devoción, salvar a su hijo, librarlo, de lo que consideraba espantosa hecatombe, abismo de los infiernos que a todos devoraría.

Era verdad que Rosalba estaba enferma. La aclimatación, los calores de Agosto, aquel año extremados, las emociones, la habían encendido la sangre en tales términos, que se le presentó una erupción picante, molestísima, que no la dejaba vivir, produciéndole alguna fiebre e insistentes dolores de cabeza. En el final de la garganta, en el arranque de los pechos, en aquel vértice divino que hasta a Cándida maravillase,se había formado algo semejante al anuncio de una aurora, tenue, ramificado, como si los astutos aradores se refugiaran allí en-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cantados de aquellas turgencias insuperables. Quiso Cándida decírselo al señorito, pero ella se negó resueltamente, en tono imperativo. Aquello no era nada, pasaría pronto, ya otra vez lo había padecido cuando la muerte del marqués...

Persistía rebelde la roséola, pero se fueron las molestias, dejándola descansar, y tan pronto como pudo avisó a Julián para que acudiese a la "Fuentecilla de las palomas", a determinada hora, aprovechando que el señorito se había marchado de caza cerca de la cumbre, en los terrenos montuosos más distantes de la Quinta.

Estaba ya allí Julián, cuando ella llegó, sin cara de enojo, como él la esperaba, serena, vistiendo una blusa de céfiro color de malva y una falda de seda blanquísima, "plisada", que la envolvía en forma de cáliz, acariciando los diminutos zapatitos.

—¡Venturosos los ojos que te ven!— exclamó Julián.

—Buenas tardes—repuso ella—. Aquí me tienes. Yo quería también que tuviéramos esta entrevista.

—¿Tú también?; pues nadie lo diría.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Estaba a punto de perder toda esperanza. ¡Desesperado!

—Bien te dije que no volveríamos a vernos, y si ahora he venido es para repetirte que hemos terminado, que no pienses más en mí.

—¡Eso nunca, Rosalba! ¡Me es imposible! ¡No puedo vivir sin tí!

—Yo no tengo más que una palabra. Donde enterraste aquel secreto, entierra también mi nombre, cuanto más hondo mejor.

Julián se había sentado junto a ella, en un banco de madera sin labrar, que estaba aledaño a la fuentecilla, bajo el copioso ramaje de un laurel de la India, que se alzaba gigante, cubriendo un gran espacio de terreno. De pronto Agueda vino por detrás, dando un rodeo, con cara de escucha, pisando cautelosamente, y se presentó.

—¡Buenas tardes, Rosalba! ¿Cómo te va? ¿Podré saludar a la señora marquesa?...

Al verla se quedaron atónitos, clavados al banco; pero Agueda se mostró amable, sonriente, sin denotar sus intenciones. Tenía un gran clavel en la mano, y acercándose añadió:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Hace días que estoy queriendo venir a ver a los señores, pero son tantos los quehaceres que no puede una ni rascarse la cabeza.

Julián, un poco recobrado, estaba sorprendido de la actitud de su madre, y Rosalba buscando inútilmente saliva, palabras, aire, para decir algo, pero Agueda prosiguió:

—Mariquita, la maestra, me regaló este clavel y lo traje para tí: debe estarte pintado en ese pecho de gloria...

Alargó el brazo, como para colocar la flor sobre los senos, y dió un tirón tan fuerte que la blusa y la camisa quedaron desgarradas, dejando al descubierto la roja mancha, que, con la belladona y el yodo, tenía el aspecto de una horrible pustulación cárdena, cobriza, repugnante.

Entonces, asiendo a Julián por un brazo, excitada, como demente, gritó:

—¿Ves, ves ahora lo que te decía? ¡¡¡Dañada, podrida, como la madre!!! ¿Te has convencido?

Julián, horripilado, poseído de espanto, aterradísimo, retrocedió, llevándose las manos a los ojos. La madre volvió a gritar:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Vámonos, hijo, vámonos!... Y se lo llevó así, del brazo, sin que ofreciera la menor resistencia.

Todo esto fué tan rápido, brutal e inesperado, que Rosalba se quedó atónita, sin saber lo que le pasaba, de pie, buscando torpemente la manera de cubrir la desgarradura. Le zumbaban los oídos, le daba vueltas la cabeza, se le iban las piernas; pero no derramó ni una sóla lágrima. Parecía sonámbula, cataléptica, con los ojos desorbitados, los labios sin color y una sombra azulada en todas las facciones. Así estuvo durante segundos y después rompió a andar automáticamente, sin mirar al suelo, paseo arriba, hasta llegar a sus habitaciones. Ya en ellas sobrevino la crisis nerviosa, la tormenta de lágrimas, ayes, quejidos y lamentos, que culminara en una fiebre intensa, laminante, insidiosa, que la retuvo en cama varios días, y preocupó a Fernando, que buscaba inútilmente, desconcertado, el origen de aquellos súbitos y aparatosos trastornos.

Se sostuvo impenetrable, hermética, incluso para Cándida; pero un día la vieja compañera la sorprendió—estando oculta detrás de una cortina—con el es-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pejo en las manos, examinando el eczema. Llorando desesperadamente, como un reboso de lo que tenía en el alma, como si quisiera reafirmar un juicio, Rosalba dijo en alta voz:

—¡Es verdad: no me queda duda! ¡Es la lepra! ¡Estoy dañada!

—¿Qué dices, ángel de Dios? ¿Qué dices, cabecita loca? ¿Quién te ha metido ese infierno en el caletre?—preguntó Cándida, avanzando hasta el lecho, sobre el que se inclinó haciendo esos arrumacos y mimosidades con que se arrulla a los niños, para besar a la pobrecita huérfana de su alma con todas las veras de su corazón.

Rosalba le refirió entonces que el motivo de la oposición de Agueda, era por considerarla leprosa, elefanciaca, como afirmaba que murió su madre, de quien heredara aquella espantosa dolencia.

Cándida argumentó indignada, disparando bombas contra Agueda, sosteniendo que si aquello fuera verdad ni la señora marquesa, ni el señorito, la hubiesen criado como a persona de la familia, ni la tendrían a su vera en permanente comunidad. El señorito Fernando era un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sabio, según decían todos los entendidos, todos los médicos, que en viéndose apurados lo llamaban a consulta para que dijese la última palabra; la madre de Rosalba había sido servidora de la marquesa y expiró en la casa: ¿en qué sesos cabía el despropósito de que si la infeliz murió dañada, dejasen allí a la hija, la recogieran, la tuviesen a su lado en la forma que lo habían hecho? Aquello era un salpullo, un empeine, que estaba ya casi curado. Abrió la camisa de Rosalba, dejando al descubierto no sólo la parte afectada, sino los senos, y exclamó:

—¡Bendito Dios de los cielos, decir que este cuerpo, de leche y coral, oliendo a rosas, que da ganas de comérselo a besos, está dañado!... Animales, bestias, sin agua del bautismo, son esa Agueda y todos los suyos! ¡Mil rayos los confunda!

Quedóse, con tales razonamientos, algo más tranquila Rosalba, pero siempre en el potro de la duda, poseída de abominables pensamientos, que no le era posible disipar. Si cogía el sueño despertaba empavorecida, como si al llegar de un mundo ideal se encontrase de pronto con una inmensa desventura. Una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cosa le parecía más horrible que la misma muerte: pensar en que un día Fernando retrocediese ante ella con la cara de espanto, de terror, de asco, que puso Julián al contemplar el empeine. Entonces juraba y perjuraba que antes de que ese momento pudiera llegar, caso de persuadirse de que verdaderamente tenía tal dolencia, se arrojaría al estanque grande para descansar de este miserable mundo y seguir en el otro queriendo a su amor por toda la Eternidad...

Cándida había prometido no decir a nadie una palabra, guardar el secreto; pero no eran esas sus intenciones, sino satisfacer la curiosidad del señorito y ver si entre los dos hallaban medio de arrancar del corazón de Rosalba aquella garra que la estaba destrozando despiadadamente.

Cuando ya todos estaban acostados, y la casa en profundo silencio, se fué Cándida al terrado, donde Fernando tomaba el fresco, y le refirió minuciosamente cuánto había ocurrido, incluso lo admirada que se quedó en presencia de aquellos senos tentadores. "¡Daba pena ver a la inocente virgen atravesada por una espada de fuego, tan hermosa, de-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

rramando lágrimas que parecían perlas!" Así que terminó el relato preguntó con gran ansiedad, reiteradamente, si el señorito tenía alguna duda acerca de la enfermedad de la muchacha, si conocía la causa de la muerte de la madre. Fernando le respondió que la dolencia de Rosalba era cosa sin importancia, y que en cuanto al fallecimiento de la madre tenía entendido que lo produjo una enfermedad sin relación alguna con la lepra.

—¡Virgen María!—exclamó Cándida—¡qué pesar se me quita de encima! ¡Por caridad de Dios, señorito Fernando, sáquele de la cabeza la maldita araña negra que no la deja vivir, porque se nos muere, se nos muere!

—¿Pero tú sabes—le preguntó Fernando—quién le dijo eso a Rosalba?

—Algún alma condenada, señorito, de las muchas que hay en la isla.

—Indudablemente; pero ¿qué objeto perseguía?; ¿qué se propuso? ¿Tú no sospechas?...

—Lo que yo sé es que Rosalba, que nunca había querido al novio, lo despidió. Yo le dije que no hiciera caso, porque Julián es un buen muchacho, con

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

muchos posibles, pero a ella se le metió en los cascos y lo puso en la calle. Digo yo si Agueda, que es muy mala, muy orgullosa, por despecho se lo soltó a la muchacha.

—¿Pero fué Agueda misma?

—No sé, señorito. No le he podido sacar quién se lo dijo, ni cuándo; porque ella es así, un alma bendita, y a lo mejor no quiere que le tomemos mala voluntad al perro judío que la envenenó.

Poco después se despidió, rogándole a Fernando que guardara reserva, principalmente con Rosalba, porque le había jurado no decir de todo aquello ni una sóla palabra.

Fernando metió las manos en el bolsillo del pantalón, dejó el terrado, con los ojos fijos en la luna, que daba misterio y encanto a la noche, y se fué a la alameda desde donde podía contemplarse el mar. Su caudalosa marea interior, el dinamismo de su alma, necesitaban, seguramente, aquel otro de la fugitiva ola que se hincha, hierve y rueda, para tornar a lo mismo, produciendo el espectáculo de lo infinito y de lo eterno...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

VII

Muy de mañana ordenó Fernando que le trajeran el caballo para dar un paseo, y a trote ligero se puso en marcha, camino de El Roque, donde vivía don Gaspar de Molina, el anciano médico a quien, según se sabe, profesaba mucha estimación desde los años de su niñez. La jaca perlina, de excitado temperamento, subía veloz, cuesta arriba, sacudiéndose las moscas que la atormentaban, y Fernando la dejó en libertad, gozoso del brío y la resistencia de aquel noble animal, que, con el auxilio del "Bicácaro", domara el año anterior a su último viaje al Extranjero. Era caballis-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ta, aficionado a este elegante deporte, según los gustos y reglas de la escuela francesa, en la que había sido educado cuidadosamente. Subía por el atajo, y al llegar al jardín del médico, se encontró con que el portillo estaba tapado. Mandó partir a la jaca, y de un poderoso salto cruzó la pared, con admiración del galeno, que lo había visto venir y le esperaba en la ventana.

—¡Bravo!—dijo don Gaspar—. ¡Buen jinete y buena jaca! Veo que todavía monta usted como un cosaco.

Sin aguardar contestación, instantáneamente, dejó la ventana y se vino a recibir a Fernando, quién apenas echó pie a tierra le abrazó cariñosamente.

—¡Como usted, señor don Gaspar, amigo ingrato, se llega tan poco por allá, donde tanto se le quiere, decidí venir a verle tempranito para pillarle antes de que levantara vuelo!

—Hizo bien en madrugar, porque cinco minutos más tarde ya no me hubiera encontrado. ¡Esta vida de los médicos rurales es un encanto!... Y la señora marquesa, ¿cómo va?

—Así, regular...: de eso vengo a hablarle. Pierde muchas fuerzas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—La arterioesclerosis, y las dos alcayatas, Fernandito.

—¿Cómo las dos alcayatas?

—Sí, hombre; este año cumple doña Laura los 77 años y ese es un desfiladero peor que el de las Termópilas.

—Muchos lo rebasan, don Gaspar.

—No, pocos; de estas cosas de viejos sé yo más que usted, mi doctísimo compañero.

—De todo.

—Gracias, si no es chunga. Ya sabe usted: de Cádiz, donde estudié, me vine aquí, y curo... lo que curo... poco más o menos como los demás genios que tiene la isla.

El viejecillo era bajo, de barbilla blanca terminada en punta, ojillos relucientes tras los quevedos guarnecidos de oro, placentero, con un nervioso rictus, que le comunicaba cierto aire burlón, por más que tuviera un alma bondadosísima. Célibe recalcitrante, vivía con una hermana—también soltera—que él llamaba Aniquita, queriéndose ambos mucho, gozando de los placeres de la culinaria, en cuyos misterios era ella una maestra insuperable.

Fernando, además de afecto, le profe-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

saba admiración, por considerarle un filósofo de la vida, algo volteriano, que solía echar a risa las cosas más serias de este mundo y del otro.. Coincidían en tener ambos muy poca fe en la medicina—Fernando sólo tributaba culto a la Cirugía—pero don Gaspar, siempre jovial e irónico, solía decir: "nosotros y los curas somos indispensables a la Humanidad, no lo dude usted, compañero, ante los misterios de allá y de aquí, porque consolamos; esa es nuestra verdadera misión a la cabecera de los dolientes, porque en cuanto a curar... ¡aquello de la flauta del asno!... ¿Es eso, Fernandito?" Fué don Gaspar infatigable amador, a salto de mata, especializado en mozas turgentes, de ardientes regazos y "pelvis encunantes", como él decía, refregándose las manos, según su costumbre, para demostrar entusiasmos y alborozos. En aquellos tiempos ya sólo le quedaban las aficiones a la culinaria, en cuanto la tierra cría de bueno y produce la mar sin arado ni simiente. La repostería, sobre todo, era para él cosa de dioses, cuando el sol líquido, melado, del malvasía añejo, le prestaba el efluvio de sus mirificas esencias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Por indicación de Fernando, y con la protesta de Aniquita, que vino derretida a saludarle, se quedaron en el jardincillo, desde donde se veía todo el valle y se disfrutaba de una excelente temperatura.

Después de mucho hablar, de diversos asuntos, Fernando preguntó a su amigo si había asistido a la madre de Rosalba en la última enfermedad, porque necesitaba algunos antecedentes para fijar criterio acerca de ciertos trastornos, un poco raros, que venía sufriendo la muchacha. Don Gaspar se refregó las manos, según su inveterada costumbre, y antes de responder, usando del método socrático, preguntó a su vez a Fernando por la índole de la dolencia que tenía Rosalba, para hacer enseguida, rebrillándole los ojos, un apasionado panegírico de la joven, que terminó con estas frases:

—Yo no he visto cosa igual. Desde chiquilla es una perfección. ¡Lástima de fruta para el pico de un pájaro cualquiera, Fernandito!... ¡Aquello merece el del ave del Paraíso!

Luego detalló los incidentes de la enfermedad y muerte de la madre de Ro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

salba, exhumándolo todo puntualmente, con su privilegiada memoria médica; para decir:

—El vulgo, los curanderos y santiguadores de estos contornos,—mala ralea de zopencos—corrió por ahí que había muerto de lepra, pero ya le digo: lo que la llevó a la sepultura fué un infarto del hígado complicado con un acné rosáceo del peor aspecto.

—Pues la chica—expresó Fernando—lo que tiene es una herpe que la trae muy desesperada.

—Humores—repuso el viejo galeno—. ¡La cereza reventando de vitalidad!... ¡La savia que rezuma, que se sale de aquella piel de arcángel, Fernandito!...

Se despidieron con sendos abrazos, ofreciendo Fernando volver otro día para almorzar juntos, y Aniquita, remilgada, con los brazos cruzados, afectando modestias que no sentía, expresó:

—Si usted se conforma con lo que podamos darle, don Fernando... porque aquí, en el campo, poco sabemos de cocina... vivimos primitivamente, sin elementos para nada...

—¡Ah, señora, no sea usted tan mo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

desta, porque harto conozco sus habilidades y refinamientos! Puedo asegurarle que en ninguna parte he comido tan a mi gusto como en esta casa. ¡Esos platos de la cocina clásica, y de la repostería ultra deliciosa que usted confecciona, son para hacer comer hasta a las piedras!

Aniquita se quedó hecha una "rapadura", como cristalizada en el almíbar de aquellas alabanzas, por venir de un hombre que consideraba cifra y compendio de todas las elegancias y exquisiteces de la tierra.

Fernando volvió a la Quinta reventando de satisfacción; lleno de optimismos; deteniendo la jaca para oír cantar los capirotes; bebiendo a grandes sorbos aquel ambiente saturado de emanaciones silvestres, y diciéndose: "hoy mismo la curo: ¡el remedio es infalible! todo consiste en devolverle la tranquilidad... ¡Vaya si es infalible!... ¡Curada, curada de raíz, indefectiblemente!...

Así que hubo llegado, sin quitarse el traje de montar, sacudiendo la fustecilla, se fué al terrado en busca de la tía para referirle los encantos de la excursión, la entrevista con don Gaspar y Ani-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

quita,—que enviaban sus más cariñosos afectos—decidido a tomarse un whisky. Llamó a Cándida, a grandes voces, para que le trajese el licor y en voz baja la dijo:

—Avísale, después, a Rosalba que voy a verla dentro de un ratito. Espérame tú allí, y en cuanto me veas dentro de su alcoba, márchate, con cualquier disculpa, cerrando la puerta. Déjanos solos: necesito reconocerla para ver si logro curarla de una vez.

Cuando ya la sirvienta se iba, la llamó para añadirle:

—No le anuncies que voy a reconocerla; no le digas nada, porque se previene y necesito pillarla de sorpresa.

Después de apurar el whisky, miró el reloj. Eran las once de la mañana. Mentalmente se dijo: "terapéutica de doble efecto: ¡ella curada y yo con algún alivio!" Cándida cumplió las órdenes estrictamente. Apenas penetró Fernando en la alcoba de Rosalba, se escurrió ella, hablando de volver enseguida, y distraidamente tiró de la puerta.

—¿Cómo te encuentras?—preguntó Fernando a la doliente—. Me parece que tu enfermedad es más del alma que del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cuerpo. No sé por qué recelo que la riña con Julián—la miraba de hito en hito—es causa de estos trastornos cutáneos y nerviosos.

Ella le envió una sonrisa triste, esparcida, como de quien hallándose desasido del mundo, apartado definitivamente de las cosas terrenales, no se preocupa de habladurías. Su semblante estaba abatido, blanquísimo, y los ojos lucían su punto de oro, fundido, avivado, en el carbón de las enfebrecidas pupilas. Fernando continuó:

—¿No me contestas?...

Ella entonces, como obligada, con voz de susurro, dijo:

—¿Para qué?...

Solicitó permiso Fernando para auscultarla, y después de bajar un poco las ropas de la cama, puso el oído sobre el pecho, que aleteaba como si dos tórtolas estuviesen allí acurrucadas, en blando y tibio cautiverio. De pronto alzó la cabeza, y en un movimiento veloz, súbito, dejó descubierta toda la región enferma del cuerpo de Rosalba y la besó loco, apasionado, mientras decía:

—¡Aquí va tu vida, ángel mío; en estos besos, déjame, déjame, Rosalba!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ella no pudo oponerse; sentía en el alma y en las entrañas, en el ser de su ser, la corriente turbulenta y abrasadora de la vida que irrumpía como un océano de felicidad.

—¡Ya ves, ya ves—siguió diciendo Fernando—cómo te beso aquí, en el mismo eczema, sin escrúpulos, sin miedo, alma mía! ¡De poder me bebería tu sangre, para apagar la sed de mi pasión! ¡Déjame, déjame, Rosalba!

Ya entonces lloraba ella, besándole también en la cabeza, trastornada, en el paroxismo de la felicidad. Después, lo inevitable: ¡las bocas se juntaron, se hundieron, en el ensamble mágico, supremo, en que la vida halla su soplo divino para triunfar de cuanto se interponga en el camino de la perpetuidad!...

Así estuvieron algunos segundos, hasta que ella, apartándose borracha, dijo:

—¡Me curaste, dueño mío! ¡Te debo la vida! ¡Soy tuya, tuya; pero no te lleves ahora todo!; ¡déjame ya, Fernando, por el amor de Dios! ¡Después me moriría!...

Estaba tan demudada, convulsa y suplicante, que Fernando le dijo:

—Yo te respeto, vida mía, no temas,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

no te apures, yo te quiero así... ¡Fué para curarte, Rosalba!—añadió mientras le daba un beso en el nácar húmedo de su maravillosa frente.

Cándida carraspeó, anunciándose; después golpeó un poco en la puerta, y al fin apareció, diciendo:

—Ya está listo el almuerzo. Puede pasar el señorito cuando guste. ¿Cómo encuentra a la enferma?

—Esto va vencido. No creo que sea necesario emplear nuevos recursos—habló Fernando, en tanto se despedía aparentando tranquilidad.

Inmediatamente dijo Rosalba a su amiga:

—¡Estoy buena; el señorito me ha curado! ¡Un milagro, un milagro verdadero!

—¿Qué te dió? ¿Alguna toma?—repuso la vieja.

—¡Sí, Cándida! ¡Una cosa que no parecía ser de este mundo y me hizo ver estrellas, muchas estrellas...! ¡Estoy curada: ya sé que mi madre no murió de lepra!

Llamaron de fuera a Cándida, y al verse sola examinó Rosalba el eczema, que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

estaba cubierto de pequeñas gotitas de sangre, y exclamó delirante:

—¡¡¡Bebió mi sangre!!! ¡¡¡Bebió mi sangre!!!

Cándida, allá en el antecomedor, pensaba:

—¿Qué diantre de toma le daría? ¡Parece que le tiró un poco al sentido!... ¡Bien saben estos médicos nuevos que estudian en tierras de otras lenguas!... ¡Virgen del Carmen, ténme cerca del señorito cuando el diablo me tire con la guadaña!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

VIII

La cueva de los guanches abre su amplia y profunda oquedad en el filo del ingente tajo, que cercena a pico las basálticas rocas, como si la mano omnipotente hubiese querido determinar allí, con estricto rigor, los dominios de la tierra y los del mar. Merced a una pinísima calzada, que desciende dando vueltas como una culebra hasta las tierras aplaceradas de la costa, puede hoy llegarse con relativa facilidad hasta la gran ampolla volcánica. En los siglos posteriores a la conquista fué aquel apartado sitio objeto de permanentes profanaciones por los hatos de ovejas y cabras que pertenecían

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

a la Quinta, hasta que el último marqués—el esposo de doña Laura—, persona de alguna cultura y entusiasta admirador de la raza guanchinesca, decidió limpiarle de suciedades y convertirlo en lugar de sus preferencias para contemplar las puestas de sol.

Fué entonces cuando las palomas salvajes se posesionaron de la gruta. Dispuso la marquesa que no las ahuyentasen y que por las tardes se les diera una ración de las granzas o cereales, de los de menos precio que en la hacienda se recogían. Estaba próxima una fuentecilla, y con tales ventajas todas las palomas de los contornos se vinieron allí, constituyendo el encanto de la señora—mientras le fué posible llegar hasta aquellos parajes—ver las bandadas, que ora salían, ora entraban, se remontaban o descendían, y que a veces se dispersaban por la presencia de aguilillas, milanos y cernícalos.

Fernando era también un enamorado del prodigioso balcón. Iba allí con bastante frecuencia, y últimamente no faltaba *una sóla tarde, apareciendo con* regularidad cronométrica, para esperar a Rosalba que venía de tomar el baño de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mar, último recurso a que apelase para la total curación del eczema.

Aquella tarde se había adelantado unos minutos y se quedó absorto en la contemplación del paisaje, como si le fuera desconocido. Fijó primero sus emocionados ojos en los desfiladeros volcánicos, espantosamente agrestes, donde vegeta la flora de las cactáceas, desde las humildes tabaibas a los híspidos cardones; las "gomeretas" verdes y lozanas como lechugas, que semejan flores recortadas a tijera; las pitas con sus mástiles en alto florecidos como varas de arcángel; las parietarias, y los "guaidiles" en flor, blancos como copos de nieve. Luego miró atento al Atlántico, que en aquellos instantes, bajo el dosel de las nubes, tenía esas entonaciones grises, pálidas, indefinidas, que diríase resultado de sabias aleaciones del plomo, el acero, el aluminio y la plata. Después contempló el horizonte, allá, lejos, en las proximidades del perfil de la isla de La Palma, donde parecía que las aguas y el sol, compenetrados en el horror de la noche, que ya llegaba, componían una elegía de formas y colores...

Rosalba—que había dejado muy a la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

zaga a la jovencilla que traía las ropas de baño—llegó jadeante, encendida, abriendo la flor de sus labios en una sonrisa de ingenua e inocente complicidad... ¡Era aquella la aduana de sus amores, donde Fernando cobraba cotidianamente la deliciosa alcabala de sus besos, regio tributo que demandó gentil, mientras no llegara el pleno dominio, la consagración de su derecho en los Altares!...

Se fué a ella y la abrazó, en aquel angosto templo-palacio de los aborígenes, bajo una bandada de palomas, musitando frases de pasión.

—Ya viene la chica—dijo ella—. Entrate ya, éntrate... déjame seguir...

—Es igual; ya no importa... Iremos juntos; tengo nuevas que comunicarte...

—¿Pasa algo?... ¿Está peor tú tía?...

—Ya verás. ¡Vámonos!

Entonces Fernando la encadenó con el brazo derecho, y, calzada arriba, emprendieron el retorno, mientras le refería el resultado de la junta que terminaba de celebrar con sus compañeros, los más prestigiosos médicos de la isla. No había redención para la querida tía Laura: aquel último derrame había sido de tal intensidad que los grandes cen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tros nerviosos estaban casi anulados, sin posibilidad de reacción. Podría tirar, resistir algún tiempo más, pero así, como se hallaba la infeliz, sin sentido, sin vista, casi muerta... Todas las opiniones coincidieron, y en vista de ello había decidido no esperar más, poner término a aquella situación insostenible de puñales hincados en el alma, en el hueso, y en la carne, casándose dentro de muy breves días... Rosalba quiso interponerse, hablar, pero él la contuvo expresando que la resolución era inquebrantable, que tan pronto como terminó la consulta, así que sus otros compañeros de Santa Cruz y La Laguna se habían marchado, le confió el secreto a don Gaspar de Molina, encargándole que hoy mismo, al subir, viese a don Plácido, el cura, y ambos fueran mañana a entrevistarse con el Prelado—para quién les diera una carta—a fin de arreglar todo inmediatamente... La ceremonia sería en el oratorio de la casa, de sorpresa, sin ruído, como requerían las circunstancias y el amor verdadero de los corazones que se desposaban.

—¡Estamos locos, rematadamente locos los dos, no me queda duda!—dijo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ella mirando a su novio, deslumbrada, como si entreviera en los ojos de Fernando toda la Corte celestial. Después añadió:

—¿Y si tu tía llega a darse cuenta?... ¿Y si la pobrecita vuelve a la vida?...

—No es posible: ese ha sido el objeto de la consulta.

—Fernando... debemos esperar...

—¡Imposible, alma mía! Es demasiado peligroso el equilibrio a que estamos sometidos. ¡Vamos a rodar, Rosalba! ¿No lo comprendes?...

—Desde aquel día no tengo voluntad, soy tuya...; pero tú hiciste una promesa ¡de caballero... Fernando!

—Sí, de caballero; has dicho bien, de hombre que no quiere ensuciar el agua que luego ha de beberse, como decía mi tío; pero la santidad y el heroísmo son virtudes de las almas superiores. El retraso de días, quizá de horas, puede ser origen de que tú después...

—¡Nada, nada; no hablemos más!; tú lo quieres y yo también. Cuéntame: ¿qué cara puso don Gaspar cuando le diste la noticia?

—Don Gaspar es un filósofo, un comprensivo, como tú sabes. Al recibir el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cañonazo se quedó un poco suspenso, pero seguidamente se rehizo, y me habló de esta manera: "¡Fernandito, haces bien; el dinero, la fortuna, la juventud, sirven principalmente para eso, para gozar el amor de una mujer hermosa, la que más nos guste, llevarla entre flores, mimarla con todo lo que existe de bello en la Vida, desde el Arte a la Culinaria!... ¡Fernandito, eres un sabio!... ¡Fernandito, te admiro!... ¡Fernandito, te llevas lo mejor de la isla!... ¡Fernandito, dame una copa de coñac para que me pase un estorbo que siento aquí, en el pecho, y que debe ser la envidia que te tengo!..."

Los novios rompieron a reír y, después de ofrecerse mutuos besos, continuó Fernando:

—Te hubieras muerto de risa si le oyes, luego de apurar la copa, burlarse donosamente de los que, teniendo posición, riquezas, se casan con una joven displicente, forzosamente celosa, sólo por el afán de aumentarlas, esclavos de prejuicios sociales, vanidades, ¡carroña,—gritaba—que sólo debiera interesar a los perros vagabundos! Hizo, chiquilla, una descripción de lo que hu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

biera sido mi vida si me caso con la primita Nieves, maravillosa, digna de un Eça de Queiroz... ¡Es enorme ese don Gaspar!... La disertación final acerca del por qué vino al mundo el pesimismo, como exudación morbosa de las almas equivocadas, de los espíritus débiles, apocados, fué un prodigio, te lo aseguro, de verdad y elocuencia!... ¡Magnífico, incomparable!

—¿Y dijo algo de si debíamos esperar?—interrumpió Rosalba?

—Para él ciertas cosas no son problemas; así es que supongo que allá en sus reconditeces—por más que no me lo dió a entender—tendría para mí una sonrisa burlona. La mayoría de los hombres es exclusivamente materialista en achaques de amor. Así era yo, ese fué mi concepto toda la vida, hasta que el tedio y el cansancio me hicieron comprender, por el vacío que tenía en el alma, que estaba en un error: ¡beber, beber, y la sed sin apagarse!; ¡buscar, rebuscar, sustituir brazos que siempre eran iguales!; ¡correr tras una ilusión, llegar y convencerse de que no era aquello lo que se buscaba!... ¡Claro! La Poesía es ritmo, medida, estrofa, música, pero nece-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sita tener alma, efluvio de eternidad, contenido espiritual... Las flores son forma, color, recreo de los ojos, pero si carecen de perfume no penetran en el espíritu, no nos satisfacen y maravillan dejándonos como en éxtasis... Si un rayo de sol fuera únicamente materia, átomos en aceleradas vibraciones, si no nos hablara de todo el Universo, y del Creador, que en él se transparenta, no nos arrobaría en nuestro inextinguible anhelo de Divinidad...

Rosalba, estremecida por el arrullo de aquellas músicas que le parecían celestiales, se sentó súbitamente en una cerca del sendero, pensando que había leído, no recordaba dónde, que el amor espiritualiza a los hombres y materializa a las mujeres, porque sentía, más que nunca, en aquellos instantes, la necesidad de los besos y abrazos de Fernando...

A poco más corren el riesgo de ser sorprendidos por los braceros, que regresaban de las tierras de la costa, cuando ya el sol extinguía sus últimos fulgores.

Al reemprender la marcha, preguntó ella:

—¿Y por qué supones que don Gas-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

par tuvo también para tí una sonrisa burlona?

—Muy sencillo: porque puesto él en mi situación no hubiera andado con miramientos, y te hace suya, sin ocuparse siquiera del matrimonio. Conforme a sus cánones yo estoy haciendo el pelele.

—¿Sin pensar en el matrimonio, has dicho?

—Seguramente. Esa es la ética de muchos.

Por la cabeza de Rosalba pasó entonces un torbellino de ideas, y convino, mentalmente, con Fernando, en que no debía retrasarse el matrimonio...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

IX

La noticia de la gravedad de la marquesa de Mira-Costa llegó a todos los pueblos importantes de la isla, donde la ilustre dama era muy estimada por sus virtudes y excelentes condiciones de carácter.

Fernando comenzó a recibir telegramas, cartas y recados, de personas que se interesaban por el estado de salud de doña Laura, a los que respondió expresando la verdadera situación, sin eufemismos, pero añadiendo que de momento no era de esperar un desenlace fatal.

Los parientes y deudos más allegados fueron apareciendo personalmente en la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Quinta, en demostración de cariño a la enferma, y para acompañar a su sobrino, que los recibía siempre con gran afecto y cordialidad.

Una tarde se presentaron, sin previo aviso, la tía Leonor y su hija Nieves, acompañadas de Mariquita Grondona, Consuelo de Vargas, Pepe Antonio Quintana y José Casalón. Al enterarse hizo Fernando un gesto de contrariedad, y fué al jardín—donde se habían detenido los visitantes, admirando la belleza de las flores—para recibirles con aire acogedor, pronunciando estas palabras:

—¡Tía Leonor, amables parientes y amigos, cuánto gusto!

—¡Salud, Fernando! ¿Cómo está Laura?—preguntó doña Leonor.

—No adelanta nada: grave, verdaderamente grave.

Después de cambiar saludos y abrazos quisieron ver a la marquesa, previamente advertidos por Fernando de que estaba privada de conocimiento, por más que algunas veces abría los ojos, haciendo concebir ilusiones de que la iluminaban vestigios de ideación.

Doña Leonor y Nievitas se afectaron mucho al contemplar el que más que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

otra cosa era cadáver de doña Laura, y Fernando tuvo que darles éter y llevárselas al terrado para que se refrescasen. Todos se sentaron allí y Fernando pidió permiso para ausentarse y ordenar que prepararan el te.

Buscó a Rosalba y la encargó que se ocupase de arreglar el servicio y de enviarlo, pero que no se presentara a los visitantes, a menos que él le mandase recado.

Al poco tiempo apareció Cándida que, con el auxilio de otra doméstica, trajo el te y varias bandejas de dulces, pastas, galletas y licores.

Mariquita Grondona, nerviosilla, insinuante, pizpireta, con su risita subrayada frecuentemente por el lapicito rojo de la lengua, y Consuelo de Vargas, abundante, treintona, con sus ojos contemplativos, llenos de deseos, avivados por lecturas apasionadas, se sentaron junto a Fernando, a quien dedicaron sus más solícitas atenciones de futuras amas de casa. Nievitas, de busto delicado, miradas imploradoras, ademanes afectadamente repulidos y palideces de oblea, se sentó un poco distante, junto a su madre. Pepe Antonio y Juan Casalón, en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mesilla aparte, lucían el uno su corpachón ventrudo, abacial, y el otro, guapo, irresistiblemente guapo, su distinguida persona trajeada según los últimos dictados de la moda.

Se habló de lo divino y de lo humano, porque Mariquita Grondona, especialmente, cambiaba los temas con el volatineo atolondrante de su alocada imaginación. De repente le dijo a Fernando:

—Tienes que casarte, si ahora te quedas solo. ¡Cesa ya, hombre, de darte humos de inconquistable, para formar tu nido antes de perder las alas!...

—Sí—repuso Consuelo—; cásate, Fernando, porque si dejas pasar demasiado tiempo le tomas miedo al matrimonio y te quedas solterón. ¡Animo, ánimo, hombre! ¿Por qué lo piensas tanto?

—Porque es un trance cada vez más difícil, que debe meditarse mucho.

—¡Claro!—exclamó Joaquín Casalón, mientras encendía un pitillo—. Se queda uno turulato, entre tanta mujer hermosa, sin saber por cuál decidirse.

—¡Qué pretencioso! ¡Vaya! No serán tantas las que se disputen a un mismo hombre, pero además todo corazón de-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

be saber la que es de su preferencia; ¿verdad, Fernando?

—Creo que sí, Mariquita—respondió.

—Lo malo es que frecuentemente se prescinde de las naturales inclinaciones; se tienen en cuenta otros factores; se mide y se calcula...

—¿Y qué cálculos tienes que hacer tú?—interrumpió Pepe Antonio—. Todo lo tienes delante: belleza, juventud, linaje, fortuna. ¡Vaya un problema!

Dijo esto mirando a Nieves, cuya cabeza debía estar dando vueltas como una arañita colgada de su propio hilo. A Mariquita le pareció aquella indirecta de Pepe Antonio una verdadera imprudencia y dijo:

—Quizá Fernando nos guarda un secreto. Tantos años en París, Viena y Berlín, han podido extraviarle. A veces los hombres más serios pierden la cabeza...

—¡Ya lo creo!—expresó Joaquín Casalón—. ¿Qué cabeza se resiste, ¡vive Dios!, a tan estupendo mujerío? ¿Verdad, Fernando?

—Entre millones y millones muchas tienen que ser perfectas, no cabe duda, pero yo, chico, ¡qué quieres que te diga!,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

puesto a buscar mujer propia me quedo con las del país, con las de mi tierra.

Estas frases produjeron sensación en las tres jóvenes. Nievitas no supo qué hacer de su cara; Mariquita casi le da un abrazo; y Consuelo, lanzando un suspiro, dijo:

—¡Bravo, bravísimo! Eso es un hombre de buen gusto. Así son los paisanos, haciendo justicia a la mujer canaria.

Doña Leonor, que no perdía una sóla sílaba de cuanto se dijera, expresó entonces deseos de saludar a Rosalba, y Fernando le envió recado para que viniera.

Al presentarse, se produjo entre las visitantes un rumor de loores, examinándola desde los pies a la cabeza, mientras ella, un poquito aturdida, azorada, cumplimentaba a todos, interrogándoles por la salud de las respectivas familias.

Nadie allí sospechaba siquiera sus amores con Fernando, pero todos pensaron que constituía un gran peligro que mujer de tal belleza estuviese viviendo con él, bajo el mismo techo, en aquella soledad, sin la vigilancia de la marquesa.

Ni que decir tiene que el guapo, el irresistiblemente guapo de Joaquín Ca-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

salón, ya no tuvo, durante toda la tarde, más ojos que para Rosalba, a quien si no logró hipnotizar fué por carecer la muchacha de las condiciones de "sujeto", que ha menester el éxito de tales manipulaciones.

Sentóse Rosalba junto a doña Leonor y continuó el interrumpido diálogo en estos términos:

—De modo, Fernando, ¿que te casas con una de la tierra?—preguntó Mariquita.

—Indudable. Es cosa que ya tengo decidida.

—Pero de elección no hay nada todavía, ¿verdad, querido primo?

—¡Cuánto apremio, amable Mariquita!—dijo Fernando—. ¡Eres insaciable, querida prima!

—Hombre, no será un misterio... algún día se tendrá que saber... digo, supongo yo...

—Seguramente, pero quiero darte la sorpresa, que será despampanante, como tú dices con esa boquita digna de un madrigal.

—Gracias por el piropo, Fernandito; pero accede...; yo soy muy curiosa, haz-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nos el retrato, por lo menos, para ver si la sacamos... ¡Anda primito!...

—¡El retrato, venga el retrato!—gritó Pepe Antonio—. Tú eres un artista y en cuatro rasgos harás una obra maestra.

—¡El retrato!—clamó Mariquita—. A pluma o a pelo, como más te guste.

Rosalba cometió entonces la imprudencia de mirarle apasionadísima, y aquella corriente de alto voltaje, le puso en los labios este borbotón de sinceridad:

—Puesto que así lo queréis, allá va· ¡atención! Es bellísima: blanca como su conciencia inmaculada; de pelo y ojos negros, grandes, profundos, únicas tinieblas en el radiante día de su sêr; de mediana estatura como la madre de Cristo; humilde, modesta, en el solio de sus perfecciones; dulce, rendida, apasionada, en el excelso recinto de su único amor... ¿La conocéis?... ¿La conocéis?...

—¡Eso no es retrato! ¡Qué gracia! ¿Quién adivina?—exclamó Mariquita.

—¿Que no es retrato?

—¡Claro que no; será un panegírico; un ditirambo, una elucubración retórica,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lo que quieras, menos un retrato!—dijo Pepe Antonio.

—Estáis equivocados: es ella, la que será mi esposa, inconfundible, si tuviérais ojos en la cara y en el alma.

—Bromeas, Fernando—manifestó Mariquita—. Ese cúmulo de perfecciones no existe en Tenerife, yo no lo conozco por lo menos. ¿Será alguna extranjera?

—No. Es de aquí y todos la conocéis.

Rosalba cometió nuevamente la imprudencia de mirarle, y entonces, en un arrebato, se puso de pie, se fué hasta ella, la cogió de una mano, y como cumpliendo un deber social, manifestó:

—Aquí está, ¡os la presento: esta es mi novia y mi futura compañera! ¿Era su retrato o no era su retrato?

Fué de tanto embarazo, confusión y sorpresa el momento, que si el irresistiblemente guapo de Joaquín Casalón no le halla término, sería difícil saber cuándo y cómo habrían salido de él.

—Ante una mujer como ésta—expresó—no hay poder humano que resista. noblemente lo declaro. Yo, Fernando, ni aplaudo tu resolución—carezco aquí de libertad para hacerlo—ni te censuro... ¡Tantos corridos han terminado así!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

X

Cándida, por mujer curiosa, y por solterona, sedienta de cuanto fuesen noviazgos, amores y amoríos, receló, desde que supo que habían llegado doña Leonor y su hija, que aprovecharían la visita para poner un nuevo jalón en la conquista de Fernando. Conocía ella todos los antecedentes del formidable pugilato que las dos damas habían entablado—auxiliadas de la marquesa, y otros parientes—con el señorito para reducirle al matrimonio con la mosquita muerta de su prima. Desde los primeros momentos había ella tomado parte—sin hablar del asunto más que en reserva con Ro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

salba—a favor de Fernando,por que además del cariño que le profesaba, su concepto del amor, de los fueros del corazón, pugnaba con cuanto significase menoscabo, restricción de la libertad de las inclinaciones. Bien comprendía ella que la niña era honrada, noble—puesto que pertenecía a la misma familia—y que reunidas las dos fortunas, el pretendido matrimonio constituiría un capitalazo formidable en tierras, casas y dinero.

—¡Pero, señor, si no le nace al señorito, si no le gusta Nievitas, por qué han de atosigarlo de esa manera!—exclamaba indignada.

Se había penetrado, también, de que las dilatadas ausencias de Fernando dependían de aquella lucha, y así se atrevió a indicárselo un día a la marquesa, aprovechando cierta oportunidad que estimara de perlas; pero doña Laura no recogió la alusión, fingiéndose distraída, para hacerla comprender que no admitía irrespetuosos entrometimientos. Desde entonces se juró no volver a mezclarse en el asunto, pero su parcialidad a favor de Fernando fué aumentando más cada día, hasta el punto de cobrar ojeri-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

za a cuantos directa o indirectamente estaban en el bando de doña Leonor y su única hija.

Aquella tarde, después de servir el te, despidió a las muchachas que le habían auxiliado, manifestándoles que ella se quedaría por allí, a la vera del señorito, por si necesitaba pedir algo. Acurrucada tras de un medio pipote pintado de verde, que servía de maceta a una lozana palmera de abanico, junto a la puerta del escritorio, viendo sin ser vista, pudo presenciar todos los sucesos de aquella memorable jornada.

A medida que las escenas iban discurriendo, hacía ella los correspondientes comentarios. Así es que cuando Mariquita Grondona agotaba todos sus recursos de coquetuela impaciente de marido, Cándida decía para sus adentros: "¡Límpiate, que estás de huevo, deslambida! El señorito quiere algo más que un revoltillo de carne, pimienta, vanidades y lujurias"; cuando sorprendía a Consuelo de Vargas, colocando sus banderillas de fuego, pensaba: "¡Miren la gallina papuja cómo está de clueca! ¡Válgame Cristo y qué ojos pone la muy recalentada!"; cuando las insinuantes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

languideces de Nievitas: "¡Tampoco, tampoco, pajarita de agua, que pareces un angelito y tienes el genio de una araña negra, es para tí el señorito!"; ante los desplantes del irresistiblemente guapo Joaquín Casalón: "¡Valiente tabobo, todo plumas, peineta y pico, con una jefentina de bobo que tira pa trás...!" Las intervenciones de Fernando las celebraba con frases como estas: "¡Bien se sacude los moscardones!... ¡Vuelve, vuelve por otra!... ¡Eso es hablar como los hombres!... ¡Záfate, pico de plata!..."

Su entusiasmo llegó al límite cuando Fernando manifestara que caso de contraer matrimonio lo haría con una mujer del país, con una canaria. ¡Oh, aquel pájaro había volado mucho y sabía dónde colgaba su nido!

—¡Se puso en las nubes el muy zahorí para que las tres comprendan que no es ninguna de ellas! ¡Rabien, rabien; que rabien las muy casquivanas!—exclamó cuando Fernando hizo el retrato de la que dijo ser su elegida.

Al llegar el momento culminante, la escena final, en que Fernando cogió de la mano a Rosalba para presentarla co-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mo su futura esposa, se quedó tan estupefacta como los demás, sin saber si dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo, porque ni por las mientes se le había pasado semejante desenlace. Al darse cuenta de la emoción que dominaba al señorito, de la palidez y sobrecogimiento de Rosalba, se dijo:

—¡Pues está de veras! ¡Pues está de veras!

Y se fué de estampía para su cuarto, "con la cabeza como una olla y todo el cuerpo en un calambre"—según ella después dijera—, donde se puso a pasear de esquina a esquina, haciéndose mil reflexiones. Al cabo de media hora, tan turulata como si hubiera empinado demasiado el codo, se salió de allí, andando sigilosamente sobre las puntas de los pies, para volver al terrado y enterarse de si ya se habían ido doña Leonor y sus acompañantes.

Sólo encontró allí a Fernando y a Rosalba, que sentados en los sitios que momentos antes ocuparan doña Leonor y su hija, hablaban en voz baja, abstraídos, seguramente comentando las escenas que ella había visto. Vaciló, sin saber si darse o no a notar, pero por últi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mo hizo ruído, tiró una silla, y advertida Rosalba de su presencia, lo puso en conocimiento de Fernando.

—¡Ven acá, Cándida! ¡Acércate!— dijo Fernando—. Tenemos que hablar contigo.

Obedeció la servidora, y así que estuvo frente a frente a los enamorados, Fernando prosiguió en estos términos:

—Como según me ha dicho Rosalba tu estuviste allí, (señalando al medio pipote de la palmera de abanico), durante toda la tarde, no creo necesario manifestarte cuál ha sido mi resolución.

—Señorito, yo me puse allí para si se le ofrecía algo, creyendo que...

—Nada; no te disculpes, hiciste bien, era tu deber. Lo que quiero decirte es que desde hoy en adelante, desde este momento, no serás más lo que has sido en esta casa, servidora, criada, sino una compañera de Rosalba, libre de toda obligación. Ella te señalará una pensión, la que estimes conveniente, para mientras Dios te dé vida...

—Señorito, ¿y por qué es eso? Yo todavía puedo trabajar...

—Indudable, y lo harás cuando quieras, y en lo que quieras, pero sin obliga-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ción, porque Rosalba así lo desea. Me lo ha pedido hace un momento y yo se lo otorgo con mucho gusto. Entiéndete, pues, con ella.

—¿No recuerdas—dijo Rosalba—el refrán de tu abuelo?...

—¿Cuál?

—Aquel que tanto repetías y que dice así: "no pidas a quién pidió, ni sirvas a quién sirvió."

—Tiene su filosofía—significó Fernando—. Lo reconozco.

—Sí, señorito; tiene su filosofía, pero en el caso de Rosalba no es aplicable, porque los refranes son para las personas y ella es un ángel.

Sin poder contenerse, como una catarata de carne, cayó sobre Rosalba y la abrazó, diciendo:

—¡Hija de mi alma; ya oí al señorito y sé cuánta ha sido tu suerte, pero yo no admito eso, yo te serviré a tí, porque almas como la tuya siempre son iguales, y en la pobreza, como en el señorío, son humildes, saben mandar y hacerse querer!

Le entró una especie de hipo, lloró babándose, y se puso tan fea, que Fernando dijo:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Pero es que estamos de duelo? ¡Basta ya de lágrimas! Voy a ver cómo está la tía, y ustedes a refrescarse, a no dar más espectáculos. Hasta luego, Rosalba.

Se fueron todos, y ellas, así que estuvieron solas en el cuarto del planchado, a puerta cerrada, hablaron:

—¿Y cuándo es la boda?—preguntó Cándida.

—El quiere que sea enseguida; pero yo creo que debemos esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que Dios disponga de doña Laura.

—¿Estás en tu juicio? ¿Tú crees que pueden seguir días y días, meses y meses, tan juntos la estopa y el fuego? ¡Quita allá, angelito de Dios, si soy yo una vieja y ya me veo ardiendo hasta las naguas!

—El es incapaz, me lo ha jurado; es un caballero.

—¡Tú, tú, tú! ¿Jurar uno que no resbala si camina por un lajiar? ¿Caballero? ¡Guárdate hasta de frailes si el diablo los tienta!

—Fernando dice que él no ensucia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

primero el agua para después bebérsela...

—¡Lodo, basura, he visto yo tragarse a muchos! La cosa es que les dure la sed o que sigan bebiendo, herejes, por detrás de la iglesia. ¿Me comprendes?...

—Sí. Pues bien, nos casaremos. Es lo que Fernando quiere.

—Si él con una mano, tú con las dos, y no seas tonta. Voy a darte un consejo, aunque no lo necesites: estos días guárdate de ir a la cueva de los guanches, a parajes de umbría... ¡no te pongas a tiro, Rosalba, porque escopeta cargada en manos de cazador, mi abuelo lo decía, es de mucho peligro!... Ah, ¿te ríes?... Bueno, pues pon la paloma donde la alcance el gavilán, confiada en su mansedumbre... ¡ríete... y no te zafes; pa que veas lo que es apagar fuego cuando una está untada de belmontina!...

Era la hora del almuerzo. Llamó Fernando, y las dos amigas se despidieron, mientras Cándida decía:

—¡Vámonos, pero déjame darte un beso, casi marquesa de Mira-Costa, pimpollo tierno, que das codicia hasta a esta vieja que para ser tu madre sólo le faltó llevarte en las entrañas!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XI

Después de la comida, cuando en la "Quinta de la Asomada" todo fué silencio, sintió Fernando su alma llena de inercia. Tumbado en la otomana, con la vista puesta en las constelaciones, apurando un "Aguila Imperial" a lentas chupadas, rememoraba las escenas de aquella tarde, impasible y como poseído de la serenidad de la noche. Estaba en uno de esos momentos de inhibición en que la potestad volitiva se ausenta, se elide, y perdidos vela y gobernalle, la vida interior queda en suspenso: "ni olas, ni estela, ni ansiedad de puerto"...

Permaneció así cosa de una hora, sin

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

decidirse a meterse en la cama, porque estaba desvelado, en parecida situación al caminante que, después de una larga jornada, hallándose rendido, fatigado, no puede conciliar el sueño porque el desgaste de energías mantiene la sobreexcitación del sistema nervioso.

El clamor metálico de la sirena de un vapor sonó de pronto, y Fernando se dijo:

—Debe ser el "Tinguaro".

Recordó entonces que Roque le había dicho que aquella noche trabajarían en el empaquetado porque estaba aglomerada mucha fruta, y era necesario trasportarla a Santa Cruz, antes de que zarpara para Inglaterra el primer trasatlántico. Se puso de pie, como si el bocinazo le hubiese traído un soplo de voluntad, y luego de proveerse de bastón y linterna eléctrica, caminó, vereda abajo, hacia la Caleta, junto a cuya playa se levantaban los vastos almacenes.

La noche estaba rociada de luz, de esa luz indecisa, de esas escintilaciones que semejan reflejos de la Divinidad. Tales eran la quietud y el silencio, que los pasos, el quebrarse de las arenas volcánicas, resonaban con estrépito.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Llegó a la "Cornisa", sitio que está un poco antes de la cueva de los guanches, desde donde se domina el mar, y se detuvo para encender un "abdulla". Las luces del "Tinguaro" se prolongaban por la superficie quieta de las aguas, y las de los almacenes del empaquetado, desbordadas por puertas y ventanas, ponían resplandores en el crespón de las rocas basálticas en que aquellos estaban cimentados. Una "coruja", con sus noctámbulos ojos confundidos por el foco de la linterna, pasó cerca del viajero, que, estremecido, con los pelos erizados, hubo de sonreirse de sí propio.

Al llegar a la cueva de los guanches, se produjo revuelo en las palomas, y como dirigiera el haz de luz a lo alto de la concavidad, las más timoratas ganaron la puerta en un precipitado batir de alas, que resonó como estallido de lenguas en el azuzar misterioso de una huída pavorosa.

Ya se oían desde allí, entre el respirar monótono del océano, voces de canto, rumor de vida humana.

Descendió un poco más, y le salió al encuentro, como nuncio que portara nuevas de un paraíso, la exhalación em-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

balsamada de los aromeros. Había llegado a la "percola" poblada de estos árboles. Encendió otro "abdulla," se sentó, y estuvo unos minutos extasiado, como bebiendo aquellas oleadas de perfumes, aquellas esencias de sol y de mar, por él tan amadas.

Una voz de mujer, cantó:

"En medio del mar Atlante,
siete peñas habitadas;
mucho sol, lindas mujeres:
esa es la tierra canaria."

La copla venía llena de alma, de sentimiento y religiosidad, como si estuviera empapada en suspiros de un amor casi místico. Quedaron en vibración todas las fibras sensibles de Fernando, y se decidió a oír,—respaldado en la pared, con las piernas estiradas y los brazos en cruz—porque él sabía que en Canarias, como en las vegas de Israel, los trabajadores cantan siempre durante toda su labor.

"Media montaña está en sombras
y a la otra le dá el sol:
esa es mi vida, soy pobre,
pero me alumbra tu amor."

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Dijo la voz de un hombre, entre el repiquetear sonoro de los martillos que clavaban las varillas de los guacales.

"El canario canta amores,
el capirote caricias;
dice la alondra tristezas;
y de todo las folías."

Expresó una voz de muchacha, en notas flúidas, frescas y timbradas como el trinar de un pájaro.

Después, pujante, recia, como salida de la garganta de un titán:

"Si la mujer diera el vino
y las cepas el amor;
no habría tantas solteras
sin más refugio que Dios."

—¡Es el "Bicácaro"! ¡El eterno "Bicácaro"!—se dijo Fernando.

Una voz de mujer, en entonaciones de contralto, emotiva y precisa, expresó:

"Mi tierra fué levantada,
por volcanes de la mar,
y por eso las canarias
tienen fuego y son de sal."

—¡Bravo, muy bien! ¡qué estilo!—comentó Fernando, prendiendo otro "abdulla", nervioso y con toda el alma puesta en su novia.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

"Si la mar trajo una Virgen
y la dejó en Candelaria;
otras muchas se perdieron
en la arena de la playa."

Cantó una voz de muchacho, de gran ímpetu y armónicas resonancias.

"Son tus ojos dos carbones,
que se queman sin arder;
en los que tu alma revela
lo apasionada que es."

—Existe algo nuestro, netamente nuestro, no cabe duda, en estas cuantas notas de las folías—pensó Fernando, mientras el "Bicácaro" volvió a cantar:

"Tengo un bocado de tierra
con lo que el gofio aseguro;
cuatro jairas para el queso...
¿Y a mí qué me importa el mundo?

—¡Toda la psicología de nuestros campesinos!—exclamó.

"¡Folías, triste folías,
alma del pueblo canario;
voces de guanches que lloran
todavía en estos campos!"

Era una voz traspasada de acentos dolientes, plena de unción, evocadora y rica, que transportó el pensamiento de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Fernando a lugares de contrapuestas exaltaciones. Hubo una pausa, y al cabo de ella, como el gesto de una sonrisa humorística en la faz de un atormentado, sonó esta copla:

"Busca el pájaro las brevas
cuando ya están remaduras:
y a mí como estén pintonas,
cuanto más verdes me gustan."

Hubo carcajadas. La sirena del "Tinguaro" clamó nuevamente metiendo prisa, y Fernando decidió llegar hasta los almacenes.

Al aparecer en la puerta, varias voces dijeron:

—¡El amo!

—¡Saludos para todos. Ya veo que se trabaja alegremente.

—Buenas noches—exclamaron, mientras Roque, con el sombrero quitado, se le acercaba complacido de su presencia.

El amplio almacén, de tres naves, alumbrado por luces de carburo, estaba dividido en dos departamentos, destinado el uno al embalaje de bananas y el otro al de tomates. El polvo de la turba, del aserrín y la paja, oscurecía el aire. Se respiraba una atmósfera saturada de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

las emanaciones del carburo, de los ingredientes químicos para la fertilización de las tierras—que estaban en almacén contiguo—, de las frutas, las maderas y la turba recién humedecida, apesar de hallarse abiertos, de par en par, los amplios ventanales. Repiqueteaban los martillos de los clavadores, y todos los labios guardaban silencio, como en una jaula de donde se hubieran ausentado súbitamente los pájaros después de una algarabía.

Roque mostró a Fernando el producto del último corte. La mayor parte de los racimos estaba aún sin empaquetar, colocado en uno de los ángulos del almacén, puestas las piñas una apoyándose en la otra, con los tallos hacia arriba, luciendo sus ventrudas plenitudes, de un verde barnizado en que todavía no se adivinaban siquiera las tintas gualdas de la madurez.

—¡Buen corte! La fruta está llena y la clasificación debe ser alta.

—Sí, señor. Aquí la tiene.

Roque le alargó un papel.

—¡Excelente! Y cogerá buen mercado, según he visto hoy en las últimas cotizaciones.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Varios hombres embalaban, envolviendo en papel y guata los racimos; otros martillaban, con golpes seguros, clavando los cabeceros; algunas mujeres auxiliaban la estiba; otras daban betún en las marcas sobre maderos octogonales en que se leía "La Asomada", Extras-extras, extras, primeras, etc.; todos en trajín febril de labor extraordinaria, bajo el apremiar del sueño que hace los párpados de plomo.

Se trasladaron al empaquetado de tomates. Eran las primicias de la exportación del año, los primeros de la temporada; los frutos, que se hallaban en ese momento en que todavía están verdes, pero que ya tienen iniciaciones carmesí, lucían colocados en tableros de madera puestos sobre anaqueles, en soportes rectangulares, de donde los tomaban las escogedoras para examinarlos uno a uno, con minuciosidad, y elegirlos o repudiarlos, al mismo tiempo que los clasificaban según sus dimensiones.

En el centro del departamento estaban las grandes mesas—construídas por tablas puestas a lo largo sobre burras de cruceta—donde los frutos, ya escogidos y clasificados, eran envueltos en papel

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de seda, y repartidos por tongas, dentro de las cajas rellenas de turba y aserrín. A ambos lados de las mesas se alineaban las mujeres, en su mayoría muchachas, ocupadas en la faena.

El "Bicácaro" y un joven de cara truhanesca, al parecer muy satisfecho de sus bigotes retorcidos, formaban los atados de cuatro cajas, clavando varillas y cantoneras con el auxilio de una prensa.

Era allí más fuerte la atmósfera de turba, y las caras de algunos operarios lucían ennegrecidas por el detrito vegetal.

—¡Hola, "Bicácaro"! ¿Cuál de estas muchachas canta mejor las folías?

Echándose un poco atrás, con un ojo puesto en el envigado de la techumbre, y el otro en Fernando:

—¡Mi novia, don Fernando!

—¿Pero tienes novia? ¿Cuál de ellas es?

Ufanado, con diabólicos centelleos en los dispares ojos:

—Esa que está más allá de su mercé.

La aludida se hizo una amapola y todos los restantes murmuraron de la "vieja que había cogido".

—¿Es la que cantó aquella copla del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mar azul, las siete peñas, el sol y las mujeres?

—La misma que la madre parió. Se me mete hasta los tuétanos, don Fernando, cuando suelta el pico, pero para todo se jace de rogar.

Ella, entonces, abrumada por las miradas de todos, con gesto de enfado, hizo una muda protesta contra el impertinente "Bicácaro".

—Es muy guapa—expuso Fernando, sin separar la vista de aquella cara encuadrada en un pañuelo azul, de acariciantes ojos, en que la larga boca daba fe de la presencia de un temperamento apasionado.

—Yo no soy la que canto mejor. Se chancean. Esa rubia que está al lado de usted, es la que más vale, don Fernando.

Roque, autoritario y displicente:

—Son muy remilgadas y vergonzosas hasta que empiezan, pero que después lo vuelven a uno loco. ¡Canta tú, "Bicácaro"! ¡Echa por delante para que les quites el miedo!

—¿Yo? No me niego, señor Roque, pero nadie trabaja sin salario. Si don Fernando nos da un barril de vino, trato cerrado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Pues canta, que ya Roque va por él a la bodega.

Después de carraspear, con desparpajo y apicarando las facciones:

"Mirando un huevo al trasluz,
se sabe si pisó el gallo;
pero mirando a tus ojos,
nadie asegura otro tanto."

—¡Siempre todas tus coplas tienen el mismo color! ¡Eres un majadero, "Bicácaro"!

—Cada cual echa lo que lleva en los escanillos. No se asuste, que a ellas más le gustan las baladronadas que los Padres-Nuestros.

Roque, con un gesto de orden marcial, y señalando con el dedo:

—¡Anda!

"Yo quiero más a un isleño,
que a veinte peninsulares;
porque éstos ni comen gofio,
ni tienen raza de guanches."

Dijo la morena del pañuelo azul, un poco recelosa, pero con apasionada voz de ingenuas confesiones.

—¡Tú, ahora!

La rubia, antes aludida, como exhalando suspiros, en lírico arrebato:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

"¡Muchas flores han traído,
muchas plantas forasteras:
pero ninguna da aroma
como el rosal de la tierra!"

—¡Insuperables la copla y la cantadora!—dijo Fernando, con el alma llena de evocaciones, satisfecho, en su doble condición de insular y enamorado.

El "Bicácaro" comenzó a escanciar el vino, repartiéndolo socarronamente entre los trabajadores, que le hablaban de equidad en las llenadas del vaso.

Quiso Fernando ver la gañanía—que estaba contigua al almacén del empaquetado—y Roque guió, conduciendo un aparato de carburo, con el brazo arriba, en actitud estatuaria, para dar más circunferencia a la luz.

Casi todas las reses estaban tumbadas en un lecho de hojas secas de platanera, luciendo sus pesados cuerpos de bestias de labor, dormitando en un ambiente denso y acre de emanaciones amoniacales. Algunas, que se hallaban levantadas, miraron indiferentes, sin dejar el espurgo de los últimos resíduos del pienso. El perro del gañán rezongó hostil.

—¡Quieto. Cariñoso! ¡Fuera!

Quedóse estático, con las patas trase-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ras plegadas, fulgurantes los ojos centinelas,—que no apartaba de Fernando— y el hocico adelantado en venteo de acometividad.

—¡Fuera, Cariñoso! ¡Fuera!—volvió a gritar Roque más imperativo.

Receloso, y como guardando rencores en la humillación de su obediencia, salió entonces el "verdino" de la gañanía.

Algunos bueyes se pusieron de pie, corvando los lomos en brutal desperezo, y surtidores caudalosos aflojaron el contenido de sus vejigas, mientras las rojas lenguas limpiaban de excrecencias la brillante tumefacción de las narices.

—Tenemos ocho yuntas de bueyes, y cuatro de vacas, pero entre las aradas y el carreteo, más bien son pocas, por eso están flacas y de mal pelo.

—No. Están en buenas condiciones. Esa yunta de bragados, que se levanta ahora, es digna de una exposición.

—Hago cuanto puedo por mantenerlas entonadas, pero el trabajo es muy fuerte.

Un relincho refrenado, que parecía rumor de salutación y reconocimiento, estremeció entonces el aire del establo.

—¿Qué animal es ese?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—La Chula.

—¡Chula, Chula!—exclamó Fernando.

La luz de carburo anduvo, se acercó a uno de los rincones de la gañanía, y allí se pudo ver al viejo caballo, con el cuello vuelto, los ojos en lumbre, que nuevamente saludó con otro relincho.

Fuese hasta él Fernando, con los brazos en aspa, para palmotearle en el cuello cariñosamente, mientras decía:

—¡Chula, Chula, aún me conoces, veterano amigo, noble animal, inolvidable compañero!

La bestia, en un momento casi humano, le hizo una caricia con su cabeza, como si fuera a morderle, y después piafó, enarcando la cola pomposamente.

Había sido su compañero inseparable durante quince años, viviendo en semejante relación a Bucéfalo con Alejandro; Babieca con Rodrigo Díaz de Vivar y Rocinante con don Quijote.

Después de enterarse Fernando de si se cumplían sus órdenes acerca de los cuidados y mantenimientos de la Chula, expresó que regresaría a caballo, en la jaca perlina, y que mientras la trajeran iba a dar un paseo por la Caleta. Salió canturreando, a las delicias del aire li-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

bre, que estaba penetrado de mar, fresco y acariciador en el milagro de la noche.

La corriente lávica, casi siempre laberíntica y caprichosa, tuvo allí el designio de trazar un complicado dibujo topográfico, de entrantes, salientes, dentelladuras y rebordes,—a la sazón festoneados de espumas—para formar una ensenada donde operaban cómodamente los pequeños buques de cabotaje.

La pez erizada del "malpaís"—de negro abrillantado a las luces siderales—emergía de la lámina de acero pulida del mar. La luna, circundada de vapores, parecía exhalar un mundo de leyendas incomprendidas.

Avanzó Fernando, restinga adelante, hasta cerca de donde se hallaba fondeado el "Tinguaro", viendo las luminarias fosforescentes de las ovas marinas, pensando en que puede haber incrédulos, renegados de todas las religiones, menos de la de la Naturaleza, ante cuyos dogmas se rindieron hasta los pueblos bárbaros de las pristinas edades.

Una hora más tarde, la jaca perlina subía a gran galope, hacia la Quinta, y su silueta lució como una mancha fúlgida, ondulante—según las revueltas del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

camino—ante los ojos de los trabajadores que, ya libres regresaban a sus hogares. Sonó esta copla:

"Yo comprendo tu dolor
junto a un hombre que no quieres;
pero es el mío peor,
porque eres mía y no eres."

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XII

La formidable campanada de Fernando resonó en toda la isla, y ni que decir tiene que los comentarios fueron variadísimos, coincidiendo, a pesar de las divergencias, en el tono zumbón, humorístico, con que se les aderezaba. ¡Pobre Fernando, cómo le pusieron!

La familia, especialmente, se quedó consternada. Al frente de los más exaltados figuraban doña Leonor, su hija, Mariquita Grondona, y las que como éstas tuvieron esperanzas de ser elegidas por el protervo vástago. ¡Qué enormidad, el futuro marqués de Mira-Costa, dueño de cuantiosa fortuna, en quien doña Lau-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ra depositara todos sus afectos y esperanzas, desposado con una sirvienta! ¡El representante más esclarecido de la vieja estirpe, el que más sobresalía por sus estudios, sus viajes, su refinamiento en el gran mundo, camino del Altar con una cualquiera recogida por la magnanimidad de la marquesa! ¡Para más escarnio todavía, ella vivía, agonizante, en su lecho de dolor! ¡Ni esa consideración—la de esperar su muerte—quiso guardarle el ingrato, el descastado, el perjuro de todas las tradiciones familiares!... ¡Tantos libros, tantos viajes, tantos pulimentos para terminar así!...

Hubo varios concilios convocados por doña Leonor, con asistencia de lo más granado de las dos estirpes de que descendía Fernando, para trazar un plan común, inflexible, con el propósito de reducirle a los dogmas sociales en que había nacido, y si ésto no se lograba, adoptar la línea de conducta a seguir con el rebelde, que, al entender de doña Leonor, debía ser proscripto del trato de todos sus familiares. Después de acaloradas discusiones, conducidas casi siempre por las mujeres, se acordó que don Gonzalo—único sacerdote que había en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

la familia—cumplido caballero de vida ejemplarísima, a quien Fernando tenía en gran estimación, le enviase una carta expresándole el requerimiento, en tonos elevados, persuasivos, y si se resistía, si no se daba a partido, una segunda con el ultimatum. Don Gonzalo se resistió cuanto pudo, no queriendo para sí la responsabilidad de interpretar el sentir unánime de la asamblea, pero al fin se rindió, determinándose que en vez de carta fuera una entrevista, en la que, merced a la controversia, al mayor poder de la palabra hablada, existían más probabilidades de éxito.

D. Gonzalo, espíritu nobilísimo y prudente, puso entonces al correo un previo aviso, una breve carta, en la que decía a su sobrino que el jueves próximo lo pensaba pasar en la "Quinta de la Asomada", para ver a la marquesa y saludarle y confortarle a él, en las amargas horas porque estaba cruzando. Iría temprano, y si sus obligaciones se lo consentían, acaso pasara allí la noche, para dilatar la satisfacción de hallarse en tan amable compañía.

Al leer Fernando la misiva tuvo un verdadero alborozo, porque aquel pa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

riente—tío segundo—, era el que, después de doña Laura, le inspiraba más afecto y consideración, no sólo porque había sido su profesor de latín y otras disciplinas, sino porque admiraba la sinceridad de sus profundas convicciones, la severidad de su conducta, en todo acorde con las obligaciones sacerdotales, y si bien no lo consideraba dotado de extraordinarias luces, era leído, culto, en relación al resto de los suyos.

Después de leer la carta se le vino al pensamiento la idea de si don Gonzalo aprovecharía aquella visita para hacerle alguna observación, darle algún consejo, acaso formular un reproche, por su propósito de casarse con Rosalba, y entonces se dijo:

—Lo celebraría. Es de todos los míos el espíritu más comprensivo, el único capaz de desembarazarse de prejuicios, de obedecer a la santa voz de la Verdad.

Luego, entre bocanadas de humo, un poco ufano, seguro de sus fuerzas, midió, mentalmente, el terreno del posible pugilato y el vigor de los combatientes.

—Ese recuerdo—pensó, considerándose victorioso—será la estocada final,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

el *golpe de gracia* que le desconcierte.

Así discurría, cuando oyó que gritaban:

—¿Dónde está don Fernando; dónde está el señorito?

Al volver la cara vió a su amigo don Gaspar de Molina, el viejo galeno, que entraba por el paseo de los arrayanes.

—¡Aquí estoy, hombre de Dios! ¿Qué madrugadas son esas?—gritó también.

—¡Ah, Fernandito, cualquiera lo descubre metido entre el follaje, tumbado, como una odalisca entre flores! ¡Buena vida! Y después quieren ustedes que no haya revolucionarios, socialistas y comunistas, vive Dios!

—¿Viene a darme cuenta de mi asunto? ¿Ya está eso arreglado, procurador eclesiástico?

—¡Para cosas canónicas estoy, después de no haber pegado anoche los ojos! No vengo a nada de eso, sino en busca del "ginecólogo" meritísimo, del ilustre cirujano, ante cuya celebridad rindo mi admiración.

—¡Bomba! ¿Qué le pasa, hombre?

—En serio, Fernandito, estoy para que me engruden nuevamente, !"desconchavado", "tieso"!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Algún enfermo grave?...

—Gravísimo. Como que se muere dentro de unas horas si no lo operamos, mejor dicho, si usted no lo opera, porque yo, como usted sabe, ni tengo vista, ni pulso para intervenciones de semejante calibre.

—¿De qué se trata?

—De una apendicitis virulentísima que ya invadió todo el peritoneo. Por más esfuerzos que hice, apurando cuantos recursos disponía, la septicemia se ha generalizado en tales términos que sólo la intervención quirúrgica puede ser eficaz.

—¿Y quién es el enfermo?

—Julián, el hijo de Agueda, la antigua medianera de la casa. Un muchachón que rompe un mundo, excelente vecino, de lo mejor que hay por estos contornos. Anoche, viendo la inminencia del peligro, mandé a La Laguna para que viniera Santos, y estaba en Güímar, donde permanecerá todo el día de hoy. ¡Calcule usted! Ante la angustia de aquella familia, especialmente de Agueda—que se va detrás del hijo, si se le muere—, después de mil súplicas, me

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

decidí a venir para rogarle que le salve la vida.

—¡Me coloca usted en un aprieto, don Gaspar!

—Ya lo sé, y por eso he venido, por eso estoy aquí para hacerle una especie de coacción.

—¿Cómo operamos allí, sin los más elementales recursos?

—Pues como únicamente pueden hacerse estas cosas en los campos, en los pueblos, a la desesperada: buscando posibilidades en la certidumbre de la muerte.

—Mi deseo es corresponder, por ellos y por usted, pero me detienen las responsabilidades. Yo, francamente, no me atrevo, don Gaspar.

—Las responsabilidades son mías, exclusivamente mías. Yo le dije a Agueda la verdad, toda la verdad, y ella de rodillas me pidió que viniera a suplicarle a usted, a llevarle, para jugarnos la última carta.

—Bien, vamos, ¡y sea lo que Dios quiera!

Momentos después partieron los dos facultativos, cabalgando el uno en su mula blanca, y el otro en su rocín per-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lino, en dirección a la casita de Agueda, acompañados de un espolique que llevaba los aparatos de cirugía, guatas, cloroformo, desinfectantes y demás drogas de que allí pudieron disponer.

Teodora, que estaba atalayando, trepada en lo alto de un muro, gritó:

—¡Ya vienen, ya vienen!

Agueda salió entonces al patio, y después de cerciorarse de que era verdad lo que decía su prima, exclamó llorosa:

—¡Que las manos del señorito me lo salven, Virgen de los Dolores! ¡Dios le premie en éste y en el otro mundo!

* * *

Terminada la operación, cuando ya Julián volvió a ser colocado en su cama, fué autorizada Agueda para entrar a verlo, y después de besarle, mientras don Gaspar pronunciaba frases de aliento, se puso de rodillas ante Fernando, y le dijo:

—Señorito, ¡Dios se lo pague! ¡Que el Cielo le conceda toda la felicidad que yo le deseo!

Julián no articuló palabra, pero le miró emocionadísimo, con ojos de resuci-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tado, al mismo tiempo que trazaba en el aire con la mano derecha un signo, una señal, tan conmovida, tan elocuente, que de ser interpretada en todo su vigor, acaso no hallara términos precisos en el limitado instrumento con que los hombres exteriorizamos nuestros estados de alma.

Los días siguientes a la operación fueron de ansiedad general en todo el vallecito, por el que circularon las más estupendas versiones. Fernando y Rosalba—sin comunicarse mutuamente—estuvieron también intranquilos, pendientes del estado del enfermo, hasta que don Gaspar, anunció, alborozado, que ya estaba fuera de peligro, en franca mejoría.

Ese día Rosalba le dijo a su novio:

—Me asusta tanta felicidad, te lo confieso, dueño mío; son demasiadas cosas juntas para el corazón de una mujer vulgar como yo, algo supersticiosa, las de estos últimos días. La Providencia me ha dado todo lo que deseaba y algo más, que ni soñando se me hubiera pasado por aquí.

—¿A qué te refieres?

—A que gracias a tí se haya salvado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Julián y Agueda lo tenga hoy en su compañía.

—Yo también lo celebro, con todo mi corazón. La vida suele tener coincidencias, secretos desconcertantes, que rebasan los límites de la fantasía.

—Me figuro que Julián te consideraba su enemigo.

—Seguramente, y me odiaría, pensando que le robé lo que era suyo. Y no es cierto, ¿verdad? No le pertenecías, no habías nacido para él, sino para mí; ¿no es así, Rosalba?

—El Evangelio, Fernando; pero después de darle la vida ya no te odiará.

—Quizá tanto como odiarme, no; pero ten por seguro que si estaba enamorado de ti luchará siempre su alma entre sentimientos encontrados. Ciertas espinas, cuando llegan a lo hondo, emponzoñan para toda la vida. Pero, dime, todo esto, que para nosotros es grato, que debe ser grato, ¿por qué te intranquiliza?

—Pienso que es demasiada felicidad para una pobre muchacha como yo y que pueda nublarse el cielo de nuestros amores.

—¡No seas tonta; arroja tales ideas;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

deja que un beso se lleve esas cenizas de viejas preocupaciones! ¡Así, así, más, todavía, encanto de mi vida!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XIII

—Pero tío Gonzalo, ¿no era mañana el día para que anunció su visita?

—Sí, hijo, mañana era el día señalado, lo que te escribí; pero aproveché el coche de Esteban Salazar que venía a la Orotava y anticipé una fecha. ¿Te contraría?...

—El adelanto, no, de ningún modo; pero sí que haya venido solo y a pie por ese mal camino. Yo tenía el propósito de esperarle en la carretera, de llevar cabalgadura.

—Estoy reumático, hecho una "claca", mas todavía puedo permitirme es-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tas calaveradillas. Manda a la venta de la carretera por el maletín, y no te preocupes, que acaso este paseíto me haya convenido. Y Laura, ¿igual, la desventurada?

—Cada día peor, tío Gonzalo.

Era éste alto, enjuto, de noble continente, ojos azules, y manos blancas, señoriles, tanto por el fino dibujo, como por el miniado de las venas. Le caía muy bien el traje talar, que realzaba la distinguida figura, produciendo esa sensación de cosa definitiva que nos hace decir, "se vé que es eso, que nació para eso", al hallarnos frente a quién lleve toga, uniforme, hábito o insignias.

Era persona reputadísima en el clero canario, por su bondad, posición económica, alejamiento de menudas intrigas y modestia, que, a puros ruegos se avino a aceptar una canongía, cuando el señor Infante ocupaba la Diócesis.

Después de ver a doña Laura y de rezar una breve oración junto al lecho de la doliente, tío y sobrino se fueron a almorzar a la "Fuentecilla de las Palomas", donde dispusieron que se colocara la mesa, bajo el soberbio laurel de la India, para hallarse más a sus anchas y al

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

aire libre, apresiándose cada cual a la batalla que estaban seguros de reñir.

A poco de sentados, don Gonzalo dijo:

—¡Excelente, inmejorable está la cazuela de gallina! Tu amabilidad tuvo en cuenta que este plato es de mi mayor predilección.

—No, tío; ni quiero laureles ni responsabilidades; ésto y lo demás que nos den, es obra exclusiva de Rosalba. Ella suele adivinar; es un prodigio de inteligencia y adaptación...

Tosió don Gonzalo, forzadamente, con el alma conturbada por la duda de si sería aquel el momento propicio a iniciar hostilidades, y por último se resolvió a decir:

—Sí. La chica, para ser de la clase a que pertenece, tiene algunos méritos, es despierta y virtuosa, al decir de todos.

—Tío Gonzalo, ¿es usted de los que todavía creen que la inteligencia y la virtud, pueden ser privilegios de clases; que alguna de las hermosas cualidades que puso Dios en las criaturas son objeto de vínculo, de herencia?

—¡No, hombre!, ¿cómo voy a creer semejantes desatinos? Yo lo que creo es que la educación, la obra de las ge-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

neraciones, depura, afina, decanta impurezas, en la obra del perfeccionamiento social.

—Conforme. La arcilla vulgar, el barro común, necesitan de esos filtros, de esas decantaciones, para que puedan alcanzar las transparencias—de segundo orden en los valores de la personalidad humana—que se llaman educación, buenas formas, atildamiento: pero que yo diría sencillamente modos únicos de convivencia, maneras inexcusables de la libertad ante el problema de la vida social.

—Llámalo como quieras. En definitiva, cada oveja con su pareja; depurados con depurados; indepurados con indepurados, ¿me entiendes?...

—Casi, casi; pero tengo que hacer algunos distingos. En primer término, la ley que usted proclama no es absoluta, tiene bastantes excepciones...

—Explícate.

—A eso voy. Yo conozco arcillas de tal suerte rebeldes, que después de siglos, de generaciones y generaciones, todavía están indepuradas.

—Excepciones... algunos casos...

—Muchos; si de lo externo, de lo me-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ramente decorativo, penetramos un poco. Raspa usted con la uña, tío Gonzalo, precisamente en la familiaridad, en la convivencia—cuando no pueden estar siempre las manos metidas en los guantes—y surgen las impurezas, queda al descubierto, causándonos desolación, el horrible aspecto del barro primitivo.

—¿Vas a negar la obra de la educación, su poder, su fuerza?...

—Apunto hechos que tiene usted que admitir, que conoce y deplora, que hemos comentado juntos en diversas ocasiones. Vuelvo al símil, a su símil...

—¡Mira Fernando: dejémonos ya de símiles y rodeos!—interrumpió—yo tengo una misión cerca de tí y he de cumplirla, contando con tu benevolencia. ¿Me la concedes?

—¡Integra! Otorgada, con mucho gusto, para que se esplaye uno de los corazones más puros y elevados que Dios me permitió conocer.

—Un desposado de la verdad, únicamente, que te quiere, y echa por delante la santidad de su propósito.

A la sazón trajeron una fuente con dos perdices estofadas, y don Gonzalo interrumpió su discurso para loar aquel

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nuevo plato, que se anunciaba con penetrantes emanaciones. Así que se fué la sirvienta, prosiguió:

—Ni la familia (que está indignada) ni yo, podemos consentir esa locura de tu pretendido matrimonio, si es que hablabas en serio el día que lo anunciaste a Leonor, y a los que con ella se quedaron consternados. ¿Fué broma, sobrino? Contéstame antes de nada a esa pregunta.

—Tan pesadas y de mal gusto no las he dado nunca. Dije la verdad, tío Gonzalo, en un momento de franqueza.

—Lo suponía, pero necesitaba tal esclarecimiento para decirte que eso es un arrebato de la carne, un ataque de lujuria o de romanticismo—no te enojes ni me interrumpas—impropio de quien, como tú, debe estar cansado de mujeres, advertido de lo que es el mundo, después de tanto rodar. Yo estoy seguro de que así que pienses un poco, así que reflexiones, dejando que te hable la voz de la sangre, desecharás ese antojo, rectificarás, restituyéndote a la senda del propio aprecio, de la dignidad, en que tú y todos los nuestros supimos siempre vivir. ¿Has pensado en el escándalo?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¿Paraste juicio en el vacío que se te va a producir? ¿Es posible que el futuro marqués de Mira-Costa acepte, viva, en semejante situación? ¡De ninguna manera! Repara el estrago, eso sí, que hayas causado a esa muchacha, como cumple a un caballero, y déjala que vuele a su albedrío para que busque el tórtolo que mejor cuadre a su laya y condición.

—¿Puedo ya hablar, tío Gonzalo?; ¿puedo ya contestarle?

—Sí, pero sin exaltarte, seguro de que cuanto piensa la familia—conmigo identificada—es exclusivamente por tu felicidad.

—¡Gracias!

—¿Lo dudas?...

—De ningún modo. Especialmente de usted, plenipotenciario acertadamente elegido, estoy seguro de que cuanto ha dicho y cuanto piensa, está inspirado en el más noble de los propósitos. Lo que ocurre es que el asunto objeto de la embajada, precisamente por tratarse de mi felicidad, es cosa que considero de mi exclusiva competencia. De no ser así ya estaría rendido a discreción, plegado ante usted, por el deseo que siempre tuve de complacerle, de respetarle, como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

a la más alta expresión—después de tía Laura—de mis consideraciones en el mundo. Yo sé que usted en otro momento respetó mi libertad, fué paladín de ella...

—¿Aludes, sin duda, a lo de Nievitas?...

—Sí, señor. Usted estuvo entonces a mi lado.

—Como lo estaría ahora si hubieses elegido una de tu clase, honorable y discreta.

—De modo que deseando usted mi felicidad, y entendiendo, además, que en estos asuntos debe respetarse la libertad de inclinaciones, lo que manda el corazón, el obstáculo está únicamente en ser Rosalba humilde, plebeya, ¿no es verdad?

—Exacto.

—De suerte que para usted—y prescindamos del resto de la familia—el problema es exclusivamente un conflicto entre mi amor, mi elección, y los blasones que me corresponden. Más claro: Rosalba, cristianamente hablando, no tiene tilde, puede ser la mujer de un hombre honrado, pero no la mía, porque en el choque de linajes, en la pugna de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

orígenes, perece irremediablemente mi felicidad. La voz del alma, de la Naturaleza, de Dios, debe desatenderse ante los convencionalismos sociales, ¿no es eso, tío Gonzalo?

—Cristianamente todas las criaturas son iguales, obra del Altísimo, hijas de Dios, eso es incuestionable; pero en la vida, en la realidad social—también por Aquél regida, ya que la consiente—hubo siempre jerarquías. La Iglesia las ha consagrado. Las hubo siempre en toda sociedad humana; son indispensables en el orden y estabilidad de las colectividades... ¡Sométete! ¡No seas rebelde, déjate de pasear por las nubes, Fernando: te conmino a obediencia!

—¿Rebelde porque me rindo a los dictados del alma? ¿Rebelde porque antepongo lo excelso, lo divino, a caprichosas y torpes preocupaciones sociales?

—Esos dictados, esas excelsitudes, no son del alma, sino de la carne, de la pecadora carne. Distingue, Fernando, no te ofusques, que para discernir serenamente tenemos la razón. ¡Gritos de la carne, gritos de la carne, solamente! Estás alucinado.

—Perdone, tío; yo debo tener alguna

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

experiencia en distinguir esta clase de gritos, seguramente más que usted... ¿No lo comprende?... ¿Soy por ventura un niño, un pájaro en sus primeros revoloteos? Además, ¿quién, sino yo, puede determinar lo que es de uno u otro origen? ¡Ah, qué modo de zanjar cuestiones, señor sacerdote, representante de Cristo en la tierra, ungido con el óleo santo para la obra de la Justicia en el atrio de la Eternidad!

—¡Cuánto barullo! Eres un sofista admirable. Colocas un amor puro, casi divino, sublime, y partiendo de él, levantas un castillo de naipes, bonitamente, sin respetar ni las cosas más sagradas, entrometiéndote en ellas, cuando se trata únicamente del antojo ciego de los sentidos, del clamor brutal de la especie en celo. ¡Qué ofuscación! ¡Reflexiona, Fernando, reflexiona!

—Ya lo hice bastante, y como consecuencia forjé mi resolución inquebrantable, tan inquebrantable como fué la suya cuando nada pudo apartarle de la idea de ir al Sacerdocio... ¡Conozco su historia, tío Gonzalo!... La felicidad se le ofreció a usted en el límite de dos caminos... esta felicidad que todos busca-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mos, relativa, que nos es dado lograr en la tierra... Pues bien, usted, al hallarse ante las dos sendas, avanzó por una, por la que le conducía a los brazos de una mujer, y advertido de obstáculos reales o imaginarios, removibles o permanentes—que eso yo no lo sé—, retrocedió para tomar por la otra, por la única que le quedaba, según le imponían los sentimientos de su alma, su íntima y avasalladora condición espiritual, la que le llevó al Sacerdocio... ¿Oyó usted a la familia? ¿Tuvo en cuenta otros estímulos que los nacidos de su propia convicción?... ¡Ah, para los necios, para el coro, había usted truncado una carrera, un brillante porvenir de lentejuelas, de refulgencias sociales, hundiéndose en esos hábitos, en esas telas, ya generalmente pretendidas por menesterosos de congrua y sosiego en las inciertas luchas del porvenir! ¡Pero no era así: usted no encontraba su dicha en aquellas cosas vanas, en aquellas apariencias y se fué tras de la Verdad, de Dios, de lo que quería su corazón, herido, sangrante, por el desengaño de una mujer que consideraba cosa exclusiva, irreemplazable, única, para el logro de su felicidad!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Se vió flaquear a don Gonzalo, palidecer, como luchador mal herido ante la convicción de la derrota. Con la diestra mano blanquísima, acariciaba un botón de la sotana, mientras que con la otra tecleaba en el mantel, donde habían caído algunas hojas agostadas broncíneas, del laurel de la India, y se posaban, a veces, dos lepidopteros fatigados de perseguirse en sus vuelos de amor.

—¿Resolución irrevocable, has dicho? —pudo al fin expresar, interrogando con los labios y los ojos.

—Sí, señor.

—Pues entonces sobra cuanto se ha expuesto y lo que añadirse pueda. Por ahí debiste comenzar.

—¡No, tío Gonzalo! Nada huelga, porque sería para mí muy sensible, muy doloroso, que usted, únicamente usted, me negase su afecto y cooperación.

—¿Cooperación? ¿Qué cooperación? Del afecto, suceda lo que suceda, puedes estar bien seguro. ¡No faltaba más!

—Yo no me resigno a la idea de que si usted llega a penetrarse de que mi amor a Rosalba es avasallador, irrefrenable, el único que he sentido y puedo sentir en esta vida, me abandone, deser-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

te de su deber, como tío y sacerdote... deje de ampararlo... no bendiga nuestra unión...

—¡Pero muchacho, no me atribuíes más... piensa en la situación en que me colocas ante la familia... en el ridículo!...

—Consiéntame dos palabras más; hacerle una observación que se me había olvidado. Rosalba ha sido educada por mi tía en la misma forma, en iguales colegios, que las principales señoritas; Nieves, por ejemplo, en todo lo que atañe a sumarios conocimientos, desde el piano a los idiomas. ¿No es así?

—Verdad: quiso darle pan para el cuerpo, para el alma y la inteligencia.

—Quiere decir, entonces, que en cuanto a ese nivel, tan indispensable, el único indispensable, no existe obstáculo. Está a la altura a que aquí podemos aspirar. Por lo que se refiere a educación moral, a buenos y santos principios, es obra de la tía Laura, que fué su espejo, su guía, su modeladora. ¿Estamos?

—Una madre no hubiera sido más celosa, y la justicia obliga a declarar que la muchacha, según todos aseguran, se ha mostrado siempre digna de aquellos afanes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Pues bien, de las manos de la tía Laura viene a las mías, a estas—sin intermediarios, sin profanaciones, sin impurezas, de las que hoy están llenas las clases privilegiadas—para que yo complete ¡vaya si lo haré!, la obra de constituir definitivamente su alma, según yo la deseo, la quiero, la necesito, para la compañera y futura madre de mis hijos. Así que Dios disponga de la venerada enferma, me volveré al extranjero, me iré con Rosalba, para allí, solos, en la soledad de las multitudes, perfeccionarla, libre de contactos, gazmoñerías, prejuicios y vanalidades... Y ahora, tío hasta mañana, no decida, hasta que medite esta noche, porque usted se queda aquí ¿verdad?

—Sí, hijo, me quedo... Y mejor será, mejor será, dejar eso para mañana...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XIV

Aquella misma tarde, mientras don Gonzalo cumplía el deber de sus cotidianos rezos, acordaron Fernando y Rosalba que ésta le saludase—pues todavía no lo había hecho—aprovechando la oportunidad de servirle la merienda.

Le trajeron el tazón de leche, con polvo de cacao, en que consistía su refacción a tales horas, y hallándose presente Fernando, vino Rosalba y besándole la mano, según era su costumbre, dijo:

—Muy buenas tardes, don Gonzalo. ¿Cómo está usted? Déme la bendición.

—Muy bien, gracias, Rosalba y Dios te bendiga. Ya había preguntado por tí.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Siéntate, siéntate, y perdona que termine de tomarme este rosquete de gloria o de alma, que yo no se cómo les dicen, pero que está riquísimo.

—De ambos modos les llaman, don Gonzalo. Sírvase usted otro.

—No, hija, todavía me he excedido, pues mi costumbre es tomar solamente la leche y el cacao.

Así que hubo contenido la merienda, se volvió para los novios y les dijo:

—Hijos míos: mientras hacía los rezos, mejor dicho, luego de terminarlos, he pedido al Altísimo que me iluminara para resolver, conforme a conciencia, como si fuera solo en el mundo, sin vínculos familiares, ni de ninguna clase, lo que debía de hacer después de lo que me ha dicho Fernando, y he decidido formularte a tí, Rosalba, algunas preguntas. Vamos a ver, responde: ¿Estás enamorada de Fernando, rendida y profundamente?

—Sí, señor—contestó ruborizada.

—¿Le querrías de igual modo si no fuese él quien es, sino modesto, pobre, como lo eres tú?

—¡Si cupiese más, más todavía!

—¿Estás dispuesta a consagrarte a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

él, en cuerpo y en alma, por lo que te reste de vida siendo la esposa fiel que el Señor manda?

—¡No quiero otra cosa! ¡Mi vida entera es *sólo para él!*

—Pues entonces acercaos, venid acá, dejad que os abrace, hasta que pueda uniros indisolublemente.

—¡Gracias, muchas gracias, tío Gonzalo!—dijo *Fernando.*—¡*Esto es lo que* yo quería! ¡Lo que piense la familia y la sociedad poco me importa! ¡Su bendición, la bendición de un alma sublimada en el Amor y la Verdad!

Rosalba, enternecida de reconocimiento, besó las blancas manos del sacerdote, mientras decía:

—¡Padre Gonzalo, padre Gonzalo!

No pudo pronunciar otra palabra, y el canónigo con sus ojos azules inundados de una claridad húmeda que parecía llegada del corazón de un justo, con los labios trémulos, alzando suavemente la cabeza de la joven, dijo:

—Dios unió vuestras almas. Yo no hago más que obedecerle, cumplir mi Ministerio. Venid ahora conmigo a rezar una oración en sufragio de la pobre Laura. Eso será del agrado del Señor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Terció entonces el manteo, que caía en amplios pliegues con la augusta serenidad de una toga romana, y anduvo hacia la habitación de la marquesa. Rosalba y Fernando le siguieron.

A la difusa luz de la tarde, que penetraba por un balcón a medio abrir, la faz de la doliente tenía la expresión de quien durmiera un profundo sueño, con toda el alma sumida en la inconsciencia. Era su respirar como ligero soplo en el follaje, embarazoso y desgarrado; la piel, de color de tamo humedecido por las lluvias de Otoño, resplandecía apenas en la frente. Los cabellos liliales se confundían con el hilo de las almohadas, y una mano tendida sobre la seda de la colcha, diríase estar ya en los serenos dominios de la muerte...

Se pusieron de rodillas, junto a la cama, y rezaron con profundo recogimiento.

De pronto la enferma alzó pesadamente un brazo, y lo corvó en el aire, como si fuera el cuello de un cisne. La respiración se hizo más agitada y se entreabrió la boca para exhalar un quejido.

El sacerdote:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Qué es eso?

Fernando:

—Actos reflejos.

Rosalba:

—Lo hace con frecuencia.

—¡Infeliz!

El brazo descendió lento, y la mano se movió como si el cisne agitase el pico; para volver a descansar en el sudario de la colcha.

Quedóse allí Rosalba, y tío y sobrino regresaron al terrado, con el alma llena de la melancolía que siempre produce la contemplación de un sér amado irremisiblemente perdido, en tránsito de Eternidad.

Explicó entonces Fernando la índole de la enfermedad, su proceso evolutivo, dando a la conferencia el tono de una vulgarización científica al alcance de los menos iniciados en estudios patológicos.

—¿De modo que puede prolongarse esta situación?—preguntó don Gonzalo. ¿Es posible que siga aún viviendo por algún tiempo?

—Sí, señor. Salvo lo accidental, que es factor que escapa a nuestros medios científicos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Siempre igual! La Vida es algo más que la lógica. ¡Todo misterio!

La especulación usa de cosas finitas; es la relatividad ante lo absoluto.

—Indudable. Como "ratio ultima et suprema", la voluntad de Dios.

—El mundo, todo su contenido, no cabe en el intelecto, sino en el corazón.

—Verdad. Veo que eres espiritualista. Existen entre tu alma y la mía grandes afinidades.

—La simpatía es producto de consorcio, tío Gonzalo, y yo he tenido siempre por usted grandes predilecciones.

—Nos pagamos en la misma moneda. (Pausa, como meditando; luego absorto.) ¡Lo infuso, lo que asciende de los limbos de la Vida, lo que no es Ciencia, pero sí Verdad... lo que nos da la Intuición y la Fe, es lo mejor que Dios puso en sus criaturas!

—Cierto. De no pensar así es menester convenir en "que el mundo es un cuento vacío de sentido narrado por un loco".

—Es extraño que habiéndote dedicado a la medicina pienses de esa manera.

—Repugné siempre las estrecheces, los ambientes confinados, por luminosos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que sean. Para mí el técnico, el hombre al servicio de una única disciplina, es un sér tiranizado que inspira lástima porque sólo ve lo que tiene delante de las narices.

—¡Los ojos de la Fe! ¡Los ojos del Amor!... Dijiste esta mañana algunas cosas que me han hecho pensar... ¿Quieres completarlas?

—Con mucho gusto, pero no sé a qué se refiere usted, tío Gonzalo. Concrete.

—A tu concepto del Amor. Habla abstractamente, sin pensar en Rosalba, como si ella no existiera, ni hubiéramos discutido antes de llegar a mi resolución.

—No se puede hablar del amor abstractamente, sin especificar, porque entonces es un fantasma. El Amor, hijo de la necesidad—no me atrevo a decir del egoísmo—necesita individualizarse.

—Eso ocurrirá con el amor sexual; ¿pero los otros?...

—Lo mismo; admitiendo la pluralidad, porque para mí sólo existe una única fuerza con diversas manifestaciones.

—El Amor hijo de la necesidad! ¡El Amor egoísta!

—Sí, tío Gonzalo;esa síntesis de place-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

res y dolores que llamamos Amor, esa ley que rige toda la vida sensible, el mundo emocional, se nos impone como una fuerza cósmica. Al querer, al amar, satisfacemos una necesidad tan apremiante como cualquiera otra...; vamos al objeto amado por egoísmo, en busca de lo que nos es imprescindible...

—¿Egoísta Teresa de Jesús cuando exclama: "vivo sin vivir en mí"?

—Yo no quiero, ni puedo, herir sus creencias, cometer irrespetuosidades... Reléveme usted del compromiso. El Amor es un hecho tan complejo que escapa a la disquisición filosófica. Ya sabe usted lo que dijo Sócrates.

—Sí; lo recuerdo. Conociendo la ciencia del Amor se es dueño de la razón de todas las demás ciencias... Pero continúa, exprésate con libertad, sinceramente, seguro de que no me contrarías, sino todo lo contrario.

—Dijo alguien, creo que Milton: "Si quieres ser poeta haz que tu vida sea un poema."

—Ya entiendo. Del Amor no puede hablarse sin sentirlo, sin llevarlo dentro. ¿Me supones tan ayuno?...

—No, tío. Quise decir que yo sólo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

puedo hablar del amor a la mujer, quizá a la Ciencia, al Arte; pero nada más.

—Habla de lo que quieras, si te purificas los labios como el Profeta.

—Están bien purificados en el hastío..., en el dolor de la lascivia. Precisamente por esas purificaciones ya mis labios rechazan el vaso porque tanto bebí... ¡Que hastío!

—Lo decían los latinos: tras del placer gustado el hastío engendra la pena.

—Por ella supe que el Amor es un anhelo irrefrenable de expansión y placer (mundo fisiológico) y de ansias anímicas e intelectuales (mundo psíquico-cerebral) que ha de referirse necesariamente a un objeto exclusivo.

—¡Rosalba, ya estamos otra vez en Rosalba!

—¡Naturalmente: si es la que satisface todos mis deseos de hombre, de artista, de pensador, la que se me impone, porque constituye el conjunto de cuanto pide mi sensibilidad! Física, moral e intelectualmente la necesito: ¡es ella, y sólo ella el complemento de mi vida!

—Según veo, estimas que el elemento moral es indispensable en el verdade-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ro Amor: la Castidad, el pudor... ¡las virtudes del alma!

—¡Pero tío, es que no sé explicarme? Sin esos elementos—reacciones del espíritu en la materia—no puede existir la comunidad, la síntesis, a que vengo refiriéndome.

—Entendidos. De ahí—de la necesidad de esos elementos—que el amor (acto sexual) sea genérico en los irracionales y específico en las criaturas. ¿No es así?

—Mesalina no da amor, sino placer; Venus—adornada de aquellas cualidades—es la que proporciona cuanto el hombre necesita.

—¡Cuanto más lejos de la carne, más cerca del Amor! ¿Verdad?...

—Despacio, tío: el hombre fué hecho de barro, y de una de sus costillas la mujer, a imagen y semejanza del Creador; de modo que la Vida (en su obra de reproducción) tiene que participar de ambas cosas: materia y espíritu, barro y aliento de divinidad.

—¿Y el Amor romántico? ¿No crees en el Amor romántico?

—Sólo tiene explicación en seres extraviados, enfermos. En el hombre nor-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mal todo tiene que ser psico-físico, necesariamente.

Hubo un silencio. Don Gonzalo pareció exhumar cosas muy recónditas, e inmutarse como pescador que ha tendido sus redes a demasiada profundidad y al recogerlas ve que se le han hecho pedazos... Fernando pensó:

—Volví a herirle en la fibra misteriosa... ¡Pobre tío! Ahora fué sin intención. ¡Cuánto lo siento!

Don Gonzalo pudo decir al fin:

—No estoy conforme, pero sería inútil discutir. Ahora lo que deseo es felicitarte y felicitarme de que hayas tenido la virtud de refrenar los instintos...; de dominarte distinguiendo la hembra de la esposa.

—No ha sido virtud, sino egoísmo. Vea usted. Yo he quemado tal cantidad de incienso a los pies de ídolos de barro, llevo en el corazón tal caudal de dolorosas experiencias, que me he vuelto un poco supersticioso... No acierto a decirle...

—Temiste arriesgar tu felicidad llegándote a ella indebida y precipitadamente. ¿No es eso?

—Tuve miedo, mucho miedo. Como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

usted conoce, si la mujer cae una vez, o no se levanta nunca o ha de tener siempre ante sí la sombra expiatoria... Claro que no son iguales todas las caídas, pero ¿y su dolor?... ¿Y mis reproches para toda la vida?... Ya lo ve usted: ¡miedo, egoísmo, cálculo, demasiadas advertencias de la realidad!...

—Virtud.

—Bueno, tío, como usted quiera; pero no extrememos la virtud...; sáqueme pronto de esta situación peligrosísima...; écheme una mano...

—Ahora mismo voy a escribirle al Obispo para que despachen pronto ese expediente... Sí, sí, comprendo!... No saldré de aquí hasta que os haya casado... ¡Buen cargo de conciencia! ¡Ya lo creo, enseguida, enseguida, muchacho!... Hasta luego...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

XV

A los dos días se efectuó la ceremonia en el oratorio, hallándose presentes el párroco don Plácido, su sobrina, don Gaspar, Aniquita y la servidumbre.

Rosalba vestía un sencillo traje blanco, y los azahares, poco antes cortados en el naranjal, ponían en su pecho y su cabeza el emblema de la virginidad triunfante del peligro de las ocasiones y los besos. Estaba guapísima, insuperable, en su virtud y su inocencia, sin ocurrírsele pensar que ya era dama poderosa, y pronto marquesa, para consagrarse por entero a su Fernando, que la miraba apasionado y rendido como un siervo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pasaron después al comedor para obsequiar a los convidados, y hallándose allí, avisaron a don Gonzalo, que Roque y una comisión de los trabajadores de la Quinta deseaban formularle un ruego. Salió, y a los pocos momentos vino diciendo en alta voz, hablando para todos:

—Fernando: tenemos que acceder, las gentes se empeñan, y el acto más que una fiesta es una ceremonia, un rito, al que ellos atribuyen gran importancia para la felicidad de los esposos. Insisten en la pretensión de que salgáis para echaros las flores y el trigo, símbolos de la prosperidad y la abundancia.

Miró Fernando a Rosalba, y como dedujese de su actitud que también participaba de aquella ingenua y antiquísima preocupación, dijo:

—Bueno. Pero a condición de que después se retiren silenciosamente, sin ruidosas manifestaciones, que puedan degenerar en jolgorios.

En el gran paseo central, alineados, formando calle, estaban mujeres y hombres, a la luz de hachones de tea y farolillos de papel. Llegaron los esposos, y les abrieron paso, mientras caía una lluvia de flores y trigo producida por las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mozas, que decían: "¡Felicidad y abundancia para los novios; Dios se las depare!", mientras el sacristán, tenido en alto por el "Bicácaro" y Roque—que le sostenían por las piernas—recitaba una loa de asonantes versos, con igual unción que si de una plegaria se tratase. Las viejas besaban las manos de Rosalba salmodiando parabienes, que levantaban un confuso rumor procesional, y, de pronto, el "Bicácaro", sin poder contenerse, estirado, puesto sobre la punta de los pies, arrogante como un gallo al lanzar su grito de amor, rompió en un ¡Aji ji, ji, ji ji... ji, ji, jiiiiiii!..., que rodó por todo el valle como un pregón de fiesta y alegría.

Al fin terminó el pintoresco ceremonial, y tanto Fernando, como su tío, dispusieron que Roque se llevara a todos los presentes a las "Bodegas viejas", sitio bastante alejado de la casa, para que allí les diese vino a discreción, y pudieran bailar en el vasto almacén en que, tiempos atrás, se manipulaba la cochinilla.

Muy cumplacidos, a eso de las doce de la noche, se retiraron los convidados, que, como ya se sabe, eran don Plácido,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

don Gaspar, la sobrina de aquél y Aniquita. El presbítero y el médico—excelentes amigos, aunque muy opuestos en ideas—trabaron pronto discusión, mientras iban camino arriba provistos de sendos faroles, y un poquito avispados por las copas del rancio vino de "La Breña". Sostenía don Gaspar que el matrimonio había sido obra de la belleza de Rosalba, de su cuerpo y su cara irresistibles, de aquel conjunto de perfecciones capaz de enloquecer al Padre Santo; opinaba don Plácido que la fuerza que impulsó a Fernando al Altar era la del alma pura de la joven, donde hallaban exaltación todas las virtudes de la mujer cristiana, aduciendo, en pro de su tesis, la convicción que tenía de que aquél había encontrado en el mundo, en sus viajes, muchas mujeres físicamente iguales o superiores a la que ya era su esposa.

Culminó la discusión, hasta hacerse disputa, en el momento en que ya se despedían—para tomar cada uno su vereda—y la buena de Aniquita, la insuperable repostera, recordando su poeta favorito, dijo:

—No discutan más, no se acaloren...,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

los dos tienen razón, porque en la vida, sobre todo en negocios de amor, ¡ni sobra la materia, ni sobra el alma!

De abajo, de la profundidad del valle, salían constantes "ajijides", que el "Bicácaro" y sus camaradas, rezumando vino, lanzando rebeldes y contumaces riéndose de Roque.

* * *

Don Gonzalo estimó inexcusable dar cuenta de su gestión cerca de Fernando, antes que se celebrara el matrimonio. Tomó la pluma, y con gran sencillez relató cuánto había ocurrido—en carta a doña Leonor—que concluía con estas frases: "Repito que la resolución de Fernando era inquebrantable, y yo, convencido de hallarme frente a una obra de Dios, a designios contra los que no deben, ni pueden, oponerse pruritos y preocupaciones sociales, resolví, en cumplimiento de mis deberes, unirlos indisolublemente. Deseándolo los contrayentes, y hallándome yo aquí, no podía inhibirme de tal obligación."

—¡Tonto de remate!—manifestó doña Leonor—¿Pero en qué estábamos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pensando cuando nos acordamos de él? Toda la vida ha sido un infeliz, fácilmente sugestionable, llevadizo, sin energía para nada.

—¡Qué acertados estuvimos!—expresó Consuelo de Vargas—. Fernando ha jugado con él. Le pintó una pasión volcánica, un amor inmenso, angelical, y le convenció de que debía casarlos.

—¡Tío Gonzalo autorizando esa boda! —dijo Nievitas, consternada.

—Eso es lo peor—habló Mariquita—porque si Fernando estaba resuelto, encamorrado, nadie le hubiera disuadido. Lo conozco bien: tiene un alma plebeya, pervertida, y hasta se estará burlando de nosotras. ¡Qué hombres!

—¡Qué mujeres!, dirás tú—repuso Consuelo—porque yo quisiera saber de qué artes se valen algunas para hacerse con los hombres.

Mariquita, desolada:

—Tienes razón. ¡Vete a saber!

Doña Leonor, displicente y cabalística:

—¡La lujuria, el demonio de la lujuria!

Consuelo, exaltada:

—¿Pero no la tenía allí? ¿No pudo?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Mariquita, lánguida:

—Eso digo yo. Sobraba el matrimonio.

Doña Leonor, aludiendo a Fernando:

—¡Ha muerto para mí!

Nievitas, Consuelo y Mariquita, al unísono:

—¡Y para mí!

* * *

En la alcoba de Nievitas todo era de color azul, en distintos tonos, desde la tela de los muebles, las cortinas, las paredes, hasta las golondrinas que volaban en el techo. La misma pantalla de la luz que ardía en la mesa de noche, era el cáliz de un abedul. ¡Celestial mansión de un cuerpecito blanco y un alma consumida de impaciencias ideales!

Leyó varias veces la carta de don Gonzalo, y después de llorar desoladamente, tomó varios sorbos de agua de tila.

Ya le había pasado la primera impresión, que fué de rencores para Fernando y su novia, sobre todo para ésta, a quien diputaba de intrusa, malvada, perversa expoliadora del caudal de sus ilusiones...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Lanzó un hondísimo suspiro—que dijérase fué arrancado del pecho como la raíz de un lirio que piensa trasplantarse, —se fué a un armario de luna y sacó de él un paquete de cartas y fotografías atado con una cinta también azul. En traje blanco, con los cabellos alisados, palidísima, tenía algo de conmovido, de férvido, en toda su persona, especialmente en los ojos aureolados del dolor. Después abrió el balcón, puso el paquete en una bandeja de cobre y le prendió fuego.

La noche parecía propicia a revelaciones. Dulce, serena, de sugerentes claridades...

Las cartas y los retratos comenzaron a arder, como pira de sacrificio, y las lenguas de fuego, azuladas y rojas, produjeron humareda de holocausto...

Nievitas se puso de rodillas, y toda su alma lírica se fué al Hijo de Dios, al pálido y maravilloso Rabí de Galilea, eterno símbolo y refugio de las almas atormentadas del Amor...

* * *

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Julián estaba todavía convaleciente, tan pobre de fuerzas físicas como de ánimo. Después de la tragedia—así la reputaba él—ocurrida en la "Fuentecilla de las palomas", su lámpara interior había quedado como extinguida, sin irradiar la luz que antes constituía todo el objeto de su vida, la espiritualización de su deseo.

Creía a Rosalba perdida definitivamente para él, y para la vida, porque al argumento de sus propios ojos, a lo que espantado viera, se sumaron las contínuas sugestiones de la madre. Su amor se hizo piedad, infinita piedad, para la desventurada enferma, hasta el extremo de originarle—era su opinión—aquella dolencia de que Fernando le salvara. ¡Psiquis tuvo una nueva faz, porque ante el horror de los sentidos, sólo las almas cumbres pueden mantener la intangibilidad de una pasión!

Tendido en la cama, despabilado, respondía casi monosílabicamente a su madre, que le daba conversación, mientras ponía piezas de tela en un arca de cedro de la que transcendían perfumes de manzanas..

Agueda sabía que aquella noticia—la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

del matrimonio—le produciría hondísimo pesar, y por eso preparó a Teodora, tan pronto como la supo, para impedir por todos los medios, que llegase a Julián hasta que estuviera restablecido.

Las dos viejas se quedaron haciendo cruces, al recibir aquella nueva inesperada, buscando explicación al disparate, al suicidio, de Fernando.

—¡Maleficio, maleficio! — se decía Agueda—doblando las telas y fingiendo tranquilidad.

—¡Cosas de brujas, beberaje que le dieron!—pensaba Teodora, apostada en el pasillo por si venía algún imprudente visitante.

Al oír los "ajijides", Julián preguntó:

—¿Qué es eso, madre?

—Romeros, hijo, que pasan... que van por la carretera.

Teodora, hablando para sus adentros:

—Sí; ¡romeros que van a la fiesta de la Vida!... ¡Romeros del Amor que caminan a su destino!...

Volvieron los "ajijides", y Julián incorporándose, oyendo atento, expresó:

—Suenan de abajo. No deben ser romeros.

Agueda, en alta voz:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¿Verdad, Teodora, que son romeros que van por la carretera?

—Sí. Yo me asomé y ví los faroles con que se alumbran. Están parados en la venta del Ramonal.

—Es que retumban en el valle—añadió Agueda.

Julián se quedó por último dormido, y las dos viejas, taciturnas, temblándoles las carnes, se fueron al traspatio para hablar sigilosamente. Estaban seguras de que el señorito Fernando había sido hechizado, y hasta recelaban que la enfermedad de la marquesa era obra de encantamiento.

Agueda dijo:

—¡Quién fuera santiguadora!

—¿Qué adelantabas? ¡Ya el mal está causado!

—¡Sacarle el demonio del cuerpo!..., ¿te parece poco?

—Sí; eso sí, pero una vez casados por el cura, casados se quedan... ¿Pero es verdad que viste con tus ojos que está dañada?

—¿Otra vez? ¡Igualita que la madre! Julián también estaba.

—¡Almas del purgatorio! ¡Pobre se-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ñorito! ¿Pero no tiene ojos en la cara? ¿No la estuvo curando? ¿No vió?...

—¡Qué ha de ver con la venda, si tiene los ojos tapados! ¡Ese es el hechizo que le han hecho! ¡Ese es el maleficio! ¡Infeliz, infeliz!...

—¡Desventurado, desventurado!...

* * *

... Y, en efecto, ya en esos instantes, el mago del Amor, el hechicero de hechiceros, había transformado los emblemáticos azahares de Rosalba, en flores rojas, de pasión, y Fernando, embebido como un astrólogo, leía extasiado en las pupilas de su amada, el secreto de los orígenes de la Vida.

¡Aji ji ji, ji, ji ji... ji, ji, jiiiiiii!...

FIN

©Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009